

Capítulo 11-Dios o el ego

Introducción

En este capítulo repasamos el tema del problema de autoridad del

Capítulo

3, donde Jesús dijo que era "la raíz de todo mal" (T-3.VI.7:3). Con eso quiso decir que la fuente de todos nuestros problemas es la creencia de que

estamos en conflicto con Dios. En el gráfico (ver Apéndice), vemos las palabras campo de batalla – victimización, en el cuadro de la mente errada,

y debajo, uno u otro – mata o te matarán. Esto define al problema de autoridad como un asunto que pone en peligro nuestra vida. Como

Jesús

explicó anteriormente, el problema puede enmarcarse de esta manera:

¿Quién es el autor de nuestra realidad, Dios o nosotros mismos? Este es el

tema que él vuelve a presentar aquí al principio.

El problema de autoridad es otra forma de discutir la separación: la creencia

de que pecamos contra Dios separándonos de Él, usurpando Su lugar en el

trono de la creación y estableciéndonos como creador. En lugar de ser creados por Dios, nos proclamamos creados por nosotros mismos y el plan

continuo del ego es que tengamos tanto miedo de permanecer en la mente

que la abandonemos voluntariamente. En otras palabras, se convierte en

nuestra elección hacer un mundo y un cuerpo sin mente. Esto asegura que

nunca cambiaremos nuestras mentes, ya que no somos conscientes de que

tenemos una. La creencia de que Dios quiere atraparnos, nacida de nuestra

culpa, nos impulsa a abandonar la mente y seguir el llamado del ego a proyectar, aparentemente protegiendo para siempre nuestro ser separado y especial.

Esta creencia es la base ontológica para todos los problemas de autoridad,

comenzando con nuestros padres, maestros, y todas las demás figuras de autoridad en nuestras vidas. El problema toma la forma no solo de sentirnos victimizados por las autoridades, sino también de victimizar a otros cuando estamos en posiciones de autoridad. Inconscientemente, y a veces no tan inconscientemente, justificamos nuestro comportamiento abusivo diciendo que fuimos abusados primero, generalmente como niños. Y cuando alcanzamos el poder, hacemos a los demás lo que creemos que se nos hizo originalmente a nosotros. Esta dinámica también se puede ver históricamente donde los grupos oprimidos generalmente se convierten en opresores cuando llegan al poder o lo toman a través de la revolución. Todo esto continúa porque no sabemos que todo es inventado, comenzando con el campo de batalla ontológico entre nosotros y Dios. Inevitablemente, actuamos en el nivel corporal lo que está sucediendo en nuestras mentes engañadas.

Fue para escapar de lo que el ego nos dijo que es nuestra destrucción inevitable a manos del Dios vengador, que fabricamos el mundo. Sin embargo, dado que las ideas no abandonan su fuente, el problema de autoridad (idea) en nuestra mente (fuente) se refleja continuamente en los problemas de autoridad que tenemos en el mundo, el cual, sin embargo, permanece dentro, desapercibido y sin corregir. ¿Cómo, entonces, no podemos recrear esta "batalla" una y otra vez, y no tener problemas con las autoridades, ya sea en forma de odiarlos a ellos y su abuso, o idolatrarlos y someternos a su poder? No hace falta decir en este punto, que siempre que nosotros mismos estemos sujetos ante la autoridad, nuestras mentes trazan

una línea en la arena, esperando contra la esperanza (y a veces incluso causando directamente) que las autoridades respetadas crucen esta línea y traicionen nuestra confianza, justificando así nuestro odio y deseo de matarlos. Nuevamente, siempre estamos reviviendo el problema de la autoridad ontológica con Dios. Como el tiempo lineal es irreal, siempre estamos representando nuestro "pecado original", pensando que está sucediendo ahora en el mundo cuando este en realidad es solo una sombra fragmentaria de lo que estamos eligiendo creer nuestras locas y proyectoras mentes.

El problema de autoridad

El undécimo movimiento en nuestra sinfonía comienza con un repaso de la separación y el desarrollo del sistema de pensamiento del ego en el contexto del problema de autoridad:

(IN.1: 1-4) O Dios está loco o bien es el ego el que lo está. Si examinas imparcialmente las pruebas que ambas partes presentan, te darás cuenta de que eso tiene que ser verdad. Ni Dios ni el ego proponen un sistema de pensamiento parcial. Ambos sistemas son internamente coherentes, aunque diametralmente opuestos en todo, de tal modo que una lealtad parcial es imposible.

Este es un tema clave en Un Curso de Milagros, tanto para el sistema de pensamiento de mentalidad-correcta como para el de mentalidad-errada:

uno u otro. O Dios es real o el ego lo es, y no hay intermedios. Unimos fuerzas con el ego, creyendo en sus mentiras de individualidad y especialismo, o con el Espíritu Santo, aceptando que todo lo que el ego ha

enseñado es falso. Cuando experimentamos gradaciones, como solemos

hacer, es simplemente porque nuestros tomadores de decisiones han ido y

venido tan rápido entre el ego y el Espíritu Santo que el cerebro no puede

abarcos los cambios. Nuestra experiencia, entonces, es que existen Dios y el ego. En verdad, sin embargo, sigue siendo uno u otro porque reflejan estados mutuamente excluyentes de Unidad y separación.

(IN.1: 5) Recuerda también que sus resultados son tan diferentes como sus cimientos, y que sus naturalezas fundamentalmente irreconciliables no pueden ser reconciliadas alternando entre ellos.

Es por eso que el ego tiene tanto miedo de que elijamos la Expiación, y por qué va tan lejos como para hacer un mundo y un cuerpo para dejarnos sin mente. Sabe que cuando reconozcamos nuestro grandísimo error de haberlo elegido, y elijamos a Dios en su lugar, su sistema de pensamiento de separación estará terminado - uno u otro. Nuevamente, para asegurarse de que nunca cambiemos nuestras mentes, el ego nos hace olvidar incluso de que tenemos una.

(IN.1: 6) Nada que esté vivo es Huérfano, pues la vida es creación. Esta es otra forma de decir que todo aquí debe tener una causa. Discutiremos causa y efecto en varios movimientos a partir de ahora, pero podemos ver a Jesús presagiando este tema cuando dice "Nada que esté vivo es Huérfano", lo que significa que, si nosotros somos, debe haber Alguien Que nos haya creado: un Efecto debe tener una Causa.

(IN.1: 7-8) Por lo tanto, toda decisión que tomas es invariablemente la respuesta a la pregunta: "¿Quién es mi padre?" Y serás fiel al padre que elijas.

Elegimos al ego como el autor de nuestro estado separado y ponemos nuestra fe en este padre. Perma-necemos fieles porque una vez que tomamos la decisión, nos olvidamos del Espíritu Santo y Su Expiación, dejando al ego como el único pensamiento en nuestra conciencia. Además, no solo elegimos el pensamiento del ego, nos convertimos en ese pensamiento y no podemos evitar ser fieles a todo lo que nos enseña. Sin

conciencia del Espíritu Santo, no hay otra opción disponible para nosotros.

(IN.2: 1-4) ¿Qué le dirías, no obstante, a alguien que creyese que esta pregunta realmente entraña conflicto? Si tú concebiste al ego, ¿cómo el

ego podría haberte concebido a ti? El problema de la autoridad sigue siendo la única fuente de conflictos porque el ego se originó como consecuencia del deseo del Hijo de Dios de ser el padre de Su Padre. El ego, por lo tanto, no es más que un sistema ilusorio en el que tú concebiste a tu propio padre.

Esto es una reminiscencia de un truco verbal que teníamos de niños para

poder "probar" que éramos nuestros abuelos. Como la parte tomadora de

decisiones de la mente elige el ego, somos anteriores al ego y, por lo tanto,

somos nuestro propio padre, la causa del loco sistema de pensamiento que

dice que el ego nos creó a nosotros. Sin nuestra creencia en él, el ego simplemente desaparecería, al igual que la locura de creer que somos anteriores a Dios, porque nosotros lo re-creamos a Él en nuestra imagen y

semejanza distorsionada por el especialismo de la separación.

(IN.2: 5-6) No te equivoques con respecto a esto. Parece una locura cuando se expone con perfecta honestidad, pero el ego nunca examina lo que hace con perfecta honestidad.

Cuando miramos en la mente con Jesús, nos damos cuenta de lo que está

haciendo el ego, por lo que nunca nos permitirá mirar adentro para ver su

locura patente. Volveremos en otro momento a este tema tan importante de

mirar el ego.

(IN.2: 7-8) Sin embargo, ésa es su premisa demente, la cual está cuidadosamente oculta bajo la tenebrosa piedra angular de su sistema de pensamiento. Y o bien el ego – que tú concebiste – es tu padre, o bien

todo su sistema de pensamiento de desmorona.

¿Cómo podemos ser hijos del ego y, sin embargo, su padre al mismo

tiempo? Este es el tipo de locura paradójica, que el ego nunca nos dejará examinar, porque si lo hiciéramos, nos daríamos cuenta de que su existencia es una mentira. El sistema de pensamiento del ego, de principio a fin, no es más que un medio para disfrazar la simple verdad de que Dios es nuestro Padre. En presencia de ese Pensamiento, el ego desaparece, y para preservar nuestra existencia, enterramos el Pensamiento y creemos que somos hijos del ego. Sin embargo, permanece el hecho de que nuestras mentes eligieron el ego, una verdad que se mantiene oculta en las secretas piedras angulares de su sistema de pensamiento de culpa y miedo. La conclusión es que el ego existe solo porque elegimos creer en él. Una vez que olvidamos esto, parece como si el ego nos hubiera creado, una defensa astutamente diseñada contra la verdad de que Dios es el Autor de nuestra realidad, el Padre y la Fuente que nunca hemos abandonado, un Hecho que significa que todo lo que el ego nos dijo no es cierto. Pero: (I.5: 3) Si no crees que estás en Dios, tampoco creerás que Él está en ti. Este es un ejemplo de proyección: al no creer que estamos en Dios porque nos separamos de Él, inevitablemente creemos que nosotros no lo abandonamos; que Él nos abandonó. Esto explica por qué el ego ama que nuestros padres u otros en quienes confiamos nos abandonen – amigos, cónyuges, hijos, etc. Ser abandonados prueba que no somos los pecadores, sino que otros lo son. A pesar de estas proyecciones, nuestros pensamientos secretos de pecado y culpa, nuestro "sueño secreto" (T-27.VII.11:7), dice lo

contrario: que nosotros somos los que abandonamos y merecemos ser castigados.

(I.5: 4-6) Lo infinito no tiene sentido sin ti, y tú no tienes sentido sin Dios. Dios y Su Hijo no pueden tener fin, pues nosotros somos el universo. Dios no está incompleto y sin Hijos.

Este pensamiento de Expiación de que la separación nunca sucedió resuelve

el problema de autoridad. El ego, sin embargo, quiere que creamos que

estamos en guerra con nuestro Creador. Nos dice que no hay forma de ganar

esta batalla en la mente, pero que podemos ganarla en el mundo creando un

dios al que podamos controlar y derrotar. Esto se ve más claramente cuando

leemos la Biblia, la cual cuenta la historia de cómo hicimos a Dios a nuestra

propia imagen, una expresión más del problema de autoridad. Como Jesús

explicará, le dijimos a Dios lo que debería creer – que nuestros pecados merecen castigo – y en Su locura Él lo cree (T-23.II.5-8) Estas formas sutilmente ingeniosas de manifestar el problema de autoridad hacen que

Dios se convierta en el enemigo pecador y enloquecido que hemos proyectado desde nuestra mente pecaminosa y enloquecida. Hemos "ganado" la guerra, porque nuestro dios ha reemplazado a Aquel Que nos

creó libre de pecado, unidos con Él y con nuestro Ser. Esta Unidad perfecta

e infinita es el universo, completo e íntegro, mientras que el mundo del ego

es el que es una mentira sin sentido.

Pasamos ahora de Dios al Espíritu Santo.

(I.8: 9-9: 4) Siempre que lo que el Espíritu Santo te diga aparente ser una coacción, es únicamente porque no has reconocido tu voluntad.

La proyección del ego hace que la Voluntad de Dios parezca ser algo externo a ti, y, por lo tanto, que no es tu voluntad. De acuerdo con esta interpretación parece que fuese posible que la Voluntad de Dios y la tuya estuviesen en conflicto. Dios, pues, parece exigirte algo que tú no le

quieres dar, privándote así de lo que anhelas. ¿Cómo iba a ser posible que Dios, que sólo desea lo que es tu voluntad, fuese capaz de eso? Esto estaba específicamente destinado a Helen, ya que ella creía que Jesús

le pedía que hiciera cosas que no quería que hacer. De hecho, un día me dijo

que sabía que era la voz de Jesús que le hablaba porque "él" le decía que

haga algo en contra de su voluntad. Helen es claramente un modelo para

nosotros que creemos que nuestras voluntades están separadas de la de

Dios. Esta creencia refleja el problema de autoridad de estar en desacuerdo

con aquellos en posiciones de autoridad. Todos debemos recordar en algún

momento de nuestras vidas sentir que nuestros padres nos impidieron hacer

lo que queríamos. Si estaban en lo correcto o en lo equivocado, experimentamos su voluntad como separada de la nuestra propia.

Hemos

aprendido que el origen de esta creencia no radica en el mundo de las relaciones, sino en nuestras mentes; a saber, cuando nos separamos de Dios,

establecimos una situación en la que nuestra voluntad estaba en oposición a

la Suya. La Voluntad de Dios es que sigamos siendo parte de Él, mientras

que la nuestra es ser independientes y libres. De esta locura nace el conflicto del problema de autoridad, porque nuestras voluntades expresan

resultados opuestos.

(I.10: 1) No puedes ser feliz a menos que hagas lo que realmente es tu voluntad, y esto no se puede cambiar porque es inmutable.

Jesús dijo anteriormente que "todo placer real procede de hacer la Voluntad

de Dios" (T-1.VII.1:4). Su Voluntad es la nuestra propia, y es solo cuando la

vemos como diferente, y en oposición la una a la otra, que experimentamos

conflicto. Este conflicto es "la raíz de todo mal" y la raíz de nuestras experiencias en el mundo. Por eso todos estamos en conflicto. Una y otra

vez re-creamos la creencia original de que estamos en conflicto con Dios.

Pero el hecho importante es que nuestra voluntad y la de Dios son una; una

unidad que no puede ser cambiada, una inmutabilidad que es el principio de

Expiación.

(I.10: 2-3) Es inmutable porque es la Voluntad de Dios y la tuya, pues de otro modo Su Voluntad no podría extenderse. Tienes miedo de saber

cuál es la Voluntad de Dios porque crees que no es la tuya.

El sistema del ego se basa en la creencia de que la Voluntad de Dios no es la

nuestra. Nosotros negamos Su Voluntad de que seamos uno con Él, una

extensión de Su Amor. Esta simple declaración de un hecho inmutable no es

un deseo o demanda. Sin embargo, mientras elijamos permanecer como

criaturas separadas, autónomas y especiales, experimentaremos a Dios

como un opuesto. Además, Jesús, Un Curso de Milagros, o cualquier espiritualidad cuyo propósito es despertarnos del sueño del ego será experimentada como en oposición. Felizmente, sin embargo, cuando despertemos de esta pesadilla de la individualidad, el ser falso desaparecerá,

como lo hará también la inventada amenaza percibida del problema de autoridad.

(I.10: 4-6) Esta creencia es lo que da lugar a la enfermedad y al miedo.

Todo síntoma de enfermedad y de miedo emana de ella porque es la creencia que hace que no quieras saber. Al creer esto te ocultas en la oscuridad, negando que la luz se encuentre en ti.

La oscuridad en la que nos escondemos de la luz tiene dos formas, el doble

escudo del olvido (L-pl.136.5) del que ya hemos hablado: el sueño secreto,

la oscuridad del sistema de pensamiento de la mente errada de pecado, culpa y miedo, del cual nos protegemos envolviéndonos aún más en la oscuridad del cuerpo, el segundo hogar del pecado, la culpa y el miedo.

Mientras la mente permanezca envuelta en la oscuridad de la ignorancia, sin darse cuenta del problema de nuestra decisión equivocada, no hay forma en que podemos cambiarla y devolver nuestra conciencia a la única Voluntad que compartimos con Dios.

Pasamos ahora al problema de autoridad como se discute en "La "dinámica"

del ego", una de las secciones más importantes del Curso.

(V.4: 1) Cuando observamos el ego, por lo tanto, no estamos examinando ninguna dinámica, sino tan sólo ilusiones.

La palabra dinámica se pone entre comillas en el título de esta sección porque sugiere que hay un poder o movimiento en el ego cuando de hecho,

no hay ninguno. Jesús dice que cuando miramos el ego con él, nos damos

cuenta de que estamos viendo un sistema delirante, una característica de la

psicosis. El mundo es, por lo tanto, la expresión de un enorme sistema de

pensamiento psicótico, el problema de autoridad, el cual nosotros no lo conoceremos hasta que podamos mirarlo sin miedo:

(V.4: 2) Puedes ciertamente examinar un sistema ilusorio sin miedo, pues si su origen no es real no puede tener efectos.

La fuente del sistema ilusorio es la creencia de que la separación de Dios es

verdad y que nosotros somos los autores de nuestra realidad. Todo lo que se

desprende de ese pensamiento debe ser ilusorio porque proviene del engaño

- las ideas dementes no abandonan su fuente demente.

(V.4: 3) El miedo se vuelve claramente más impropio si reconoces el objetivo del ego, el cual está tan obviamente desprovisto de sentido que

cualquier esfuerzo en su favor es, por fuerza, inútil.
En esta oración, Jesús descarta el universo físico por ser ilusorio, sin mencionar nuestros esfuerzos y experiencias corporales. Los esfuerzos en nombre del objetivo de autonomía del ego son “por fuerza, inútiles”, porque son intentos de estudiar el yo ilusorio que creemos que somos y que hemos fabricado en oposición a Dios, lo que significa también en oposición a Cristo, el verdadero Ser. Como no pasó nada que nos separe de la Voluntad de Dios – “no se perdió ni una sola nota del himno Celestial” – todo lo que hacemos aquí es inherentemente sin sentido e irrelevante.
(V.4: 4) El objetivo del ego es claramente alcanzar su propia autonomía.
El objetivo del ego es que estemos fuera de la Voluntad de Dios, lo cual es evidentemente imposible. Si Su Voluntad lo es todo, la integridad perfecta y la totalidad, no puede haber nada fuera de esa Unidad. Siendo engañados por el ego que nos dice que sí estamos fuera, esto significa que el ego en sí mismo es imposible, razón por la cual creer en él y en su autonomía no tiene sentido.
(VII.3: 7-8) Para establecer tu propia autonomía trataste de crear de manera diferente de como crea tu Padre, creyendo que lo que hiciste podía ser distinto de Él. No obstante, todo lo que es verdad es como Él. Este es el principio de Expiación del Espíritu Santo en acción. En nuestras mentes enloquecidas por la culpa, tratamos desesperadamente de creer que creamos lo imposible – es decir, que creamos como Dios, estando separados de Él. Pero no pudimos hacer que la ilusoria creación errónea sea verdad, ya que la verdad de nuestra Unidad como el Hijo de Dios no es una ilusión, sino un Hecho.

(V.4: 5-6) Desde un principio, pues su [del ego] propósito es estar separado, ser auto-suficiente e independiente de cualquier poder que no sea el suyo propio. Por eso es por lo que es el símbolo de la separación.

El problema que enfrenta el ego es que no está "separado, no es autosuficiente ni es independiente de cualquier poder que no sea el suyo". Por el contrario, depende totalmente del poder de la mente para elegirlo.

Para

mantener su autonomía y libertad, y ser creído, el ego debe tomar el poder

de la mente que lo fabricó y negarlo. La impotencia de la mente, originada

debido a nuestra falta de conciencia, asegura que el ego esté realmente solo.

Es por eso que el ego hizo el mundo y un cuerpo gobernado por un cerebro,

y por qué las personas intentan la tarea imposible de reconciliar a Dios y al

mundo. Queremos que Dios tenga algo que ver con la materialidad porque

eso establecería su realidad, la cual no puede ser el caso en un sistema de

pensamiento no-dualista como Un Curso de Milagros. La simple verdad es

que esto es siempre y únicamente o Dios o el ego, sin nada en medio porque

la realidad no puede ser comprometida.

(V.5: 1-2) Toda idea tiene un propósito, y su propósito es siempre el resultado natural de lo que es. Todo lo que procede del ego es lo que resulta naturalmente de su creencia central, y la manera de cancelar sus resultados es reconociendo simplemente que la fuente de éstos no es

natural, ya que está en desacuerdo con tu verdadera naturaleza.

Necesitamos llegar a la fuente de los problemas del mundo: la creencia de

que la autonomía del ego es verdadera. El propósito de todo aquí es proteger esa creencia, pero reconocer el propósito del ego la deshará a través de nuestra decisión de elegir contra lo antinatural y en favor de lo

natural, el amor en lugar del miedo. Como las ideas no abandonan su fuente, si deseamos cambiar la idea de la separación, proyectada en formas

que no nos gustan – por ejemplo, sufrimiento, pérdida y muerte – necesitamos volver a su fuente en la mente tomadora de decisiones.

Esto

cambia nuestro propósito de la separación a la Expiación, y restaura la mente a su estado natural como el único Hijo de Dios.

(V.5: 3-6) He dicho anteriormente que ejercer la voluntad en oposición a Dios es querer que los deseos ilusorios se hagan realidad, pero eso no

es realmente ejercer la voluntad. Su Voluntad es una porque la extensión de Su Voluntad no puede ser diferente de sí misma. El verdadero conflicto que experimentas, por lo tanto, es entre los deseos vanos del ego y la Voluntad de Dios, que tú compartes con Él. ¿Cómo iba a ser esto un conflicto real?

Otro subtema en el Curso es el contraste entre los deseos del ego y la Voluntad de Dios. El deseo es reservado para el ego o la mente dividida,

nuestra experiencia dualista en el mundo perceptivo, mientras que la Voluntad es de Dios, el estado no-dualista del conocimiento. El contraste

entre desear y voluntad refleja el aparente conflicto entre lo irreal y lo real.

A pesar de que Jesús nos pidió que consideremos cómo puede ser esto un

conflicto real, persistimos en creer que el conflicto es real. Es la fuente del

mundo que habitamos, donde reina el conflicto supremo. Los conflictos perennes que experimentamos, personales y colectivos, surgen de la creencia de que hay un conflicto entre nosotros y Dios. Al regresar a la fuente en la mente, en el sentido de mirar el ego con Jesús, descubrimos la

locura de tal creencia y entonces, podemos dejarla ir.

(V.6: 1) Tuya es la independencia de la creación, no la de la autonomía. El ego nos miente diciéndonos que la única forma en que podemos ser independientes es estar fuera del Cielo, porque nuestra verdadera libertad se

encuentra únicamente en nuestra unidad con Dios. Para el ego, ser parte de

Dios significa tiranía y opresión, pero ¿cómo podemos ser aprisionados por

el amor, que no tiene barreras de ningún tipo para bloquear su extensión a

nuestro Ser, como nuestro Ser?

(V.6: 2-4) Tu función creativa radica en tu completa dependencia de Dios, Quien comparte Su función contigo. Al estar dispuesto a compartirla, Él se volvió tan dependiente de ti como tú lo eres de Él.

No

le adscribas la arrogancia del ego a Aquel Cuya Voluntad no es ser independiente de ti.

Esto no es dependencia como pensamos, que siempre es dualista. En el

Cielo dependemos de Dios porque somos parte de Él, y en ese sentido, como acabamos de leer, nuestro Creador es tan dependiente de nosotros

como nosotros de Él. Esto no tiene sentido en un mundo en el que existe la

dependencia en el contexto de dos personas separadas y motivadas por las

necesidades. Los pasajes como los anteriores tienen un significado simbólico, porque no hay otra forma de describir la perfecta Unidad del Cielo; una Unidad en la que no hay Creador y creado, Dios y Cristo, Padre

e Hijo. Como Jesús dice en otra parte: "... no hay ningún lugar en el que el

Padre acabe, el Hijo comience como algo separado" (L-pl.132.12:4). Es imposible para nosotros como cuerpos, comprender la verdadera autonomía, independencia y libertad, porque su significado radica solo en

un universo no-dualista. Su esencia se pierde inevitablemente cuando los

colocamos en un marco de referencia dualista.

(V.6: 5-7) Él te ha incluido en Su Autonomía. ¿Puedes realmente creer que la autonomía significa algo aparte de Él? La creencia en la autonomía del ego te está costando el conocimiento de tu dependencia

de Dios, en la cual reside tu libertad.

Mientras atesoremos nuestro yo individual, crearemos que estar con Dios es

estar esclavizados, por lo cual nos esforzamos en afirmar nuestra identidad y auto-expresión creativa a medida que crecemos y maduramos. En el Cielo, sin embargo, donde todo es uno, no hay creatividad que implique extensión externa, y no hay libertad que nos libere de algo. Somos, para traer de vuelta a San Pablo, el "todo en todos" (1 Corintios 15:28).

(V.6: 8-9) El ego considera cualquier dependencia como una amenaza, e

incluso a tergiversado tu añoranza de Dios y la ha convertido en un medio para consolidarse a sí mismo. Pero no te dejes engañar por la interpretación que hace de tu conflicto.

Por ejemplo, algunos dicen que anhelan a Dios y quieren estar con Él; pero

realmente están expresando su deseo de una relación especial con Él, como

encontramos en la mayoría de las religiones. Tenemos sed de Dios, pero

solo podríamos tener sed de Él si creyéramos estar separados, anhelando

unirnos a Él nuevamente. Esto simplemente refuerza el pensamiento que

estamos tratando de deshacer. El hecho es que no tenemos que unirnos a

Dios, sino solo aceptar que ya somos uno con Él. Nuestro verdadero deseo

es salir de la prisión del ego, entendiendo que estar con el ego es destructivo. Por lo tanto, nuestro anhelo de regresar a nuestra Fuente es a

menudo clasificado por el especialismo, el cual niega el problema de autoridad y, en última instancia, no nos es útil.

(V.10: 1) La más seria amenaza para el ego es, pues, que te des cuenta de que cualquier cosa que parezca separarte de Dios es únicamente miedo, sea cual sea la forma en que se manifieste e independientemente de cómo el ego desee que lo experimentes.

Lo que nos separa de Dios es simplemente el miedo, que, aunque es inventado, es un componente inte-gral de la estrategia del ego para evitar

que regresemos a la mente y que podamos elegir nuevamente. Mirar el

miedo con Jesús nos permite ver su propósito defensivo, su amor nos lleva

más allá del ego al Amor que es nuestro hogar. Como consecuencia, este

reconocimiento es la mayor amenaza para la existencia del ego.

(V.10: 2-3) Su sueño de autonomía se estremece hasta su raíz cuando cobras conciencia de esto. Pues si bien puedes tolerar una falsa idea de

independencia, no aceptarías el costo en miedo que ello supone una vez

que lo reconocieses.

El ego trata desesperadamente de ocultar sus verdaderos motivos. Si supiéramos el costo de identificarnos con el sistema de pensamiento del

ego, no lo elegiríamos; si reconociéramos que la tríada pecado-culpa-miedo

es ilusoria, como lo es el problema de autoridad, ya no nos suscribiríamos a

él. La verdadera amenaza para el ego, nuevamente, es que descubramos su

loca trama. Entonces buscamos evitar cualquier intento de mirar dentro de

la mente, dónde él se encuentra y de dónde saca su poder para existir.

Volvemos a lo que vimos anteriormente en el párrafo 6:

(V.12: 1) Sólo puedes establecer tu autonomía identificándote con Él y llevando a cabo tu función tal como es en verdad.

Nuestra autonomía no se establece al identificarnos con un ídolo, un ser que

creemos que debe liberarse de la opresión, lo que siempre significa que se

hace a expensas de otro. La verdadera autonomía descansa solo en Dios y

Su Unidad, y nuestra función en el Cielo es extender el Amor de Dios a nuestras creaciones, reflejadas en este mundo a través de nuestra función

especial de perdón (T-25.VI).

(V.12: 2) Sólo se puede establecer su autonomía mediante la identificación con Él, y el cumplimiento de su función, tal como existe

en la verdad.

Nuestra autonomía no se establece al identificarnos con un ídolo, un ser que

creemos que debe liberarse de la opresión, lo que siempre significa que se

hace a expensas de otro. La verdadera autonomía descansa solo en Dios y

Su Unidad, y nuestra función en el Cielo es extender el Amor de Dios a nuestras creaciones, reflejadas en este mundo a través de nuestra

función

especial de perdón (T-25.VI).

(V.12: 3-4) El ego cree que alcanzar su objetivo es la felicidad. Pero te ha sido dado conocer que la función de Dios es la tuya y que la felicidad

no se puede encontrar aparte de vuestra Voluntad conjunta.

Para decir esto nuevamente, "Todo placer real procede de hacer la Voluntad

de Dios" (T-1.VII.1:4), y una serie de las lecciones del libro de ejercicios hablan que la Voluntad de Dios es nuestra única felicidad

(Lpl.101,102,103). Para el ego, la felicidad significa estar fuera de Dios, libre

de los dictados tiránicos de este brutal maestro que solo quiere que seamos

Su copia al carbón, sin autonomía de expresión y sin libertad para ser quienes somos. Esta lucha por la libertad tiene sentido dentro del mundo,

pero nunca debemos olvidar que, somos mentes y no cuerpos, y que no

estamos en el mundo. Sin embargo, ¿cómo puede uno esforzarse por ser

uno mismo en el Cielo? Uno es el único Ser. Nadie puede silenciar nuestra

creatividad porque la verdadera creatividad de Dios y Su Hijo es eternamente libre. Nada puede afectarlo porque no hay nada que pueda

afectarlo. Este hecho es nuestra verdadera autonomía, libertad e independencia, y es la respuesta de la Expiación al problema de autoridad

del ego.

Por lo tanto, es útil mirar nuestras vidas y ver cómo manifestamos este

esfuerzo por alcanzar un ideal. En un nivel, no hay nada de malo en tales intentos, pero como estudiantes de Un Curso de Milagros aprendemos a no tomarnos en serio nuestros éxitos, sabiendo que cuando alcanzamos los objetivos por los que nos esforzamos, realmente no obtenemos nada. Pasamos ahora a la Expiación, la reconfortante respuesta del Espíritu Santo al absorbente conflicto del problema de autoridad que parece amenazar nuestra identidad.

El principio de Expiación: La respuesta del Espíritu Santo al problema de autoridad.

(I.2) Estar solo es estar separado de lo infinito, mas ¿cómo iba a ser posible esto si lo infinito no tiene fin? Nadie puede estar más allá de lo ilimitado porque lo que no tiene límites esta necesaria-mente en todas partes. En Dios no hay principios ni finales, pues Su universo es Él Mismo. ¿Cómo ibas a poder excluirte a ti mismo del universo, o de Dios que es el universo? Mi Padre y yo somos uno contigo, pues tú formas parte de nosotros. ¿Crees realmente que parte de Dios puede extraviarse o estar ausente de Él?

Todos "creemos realmente que parte de Dios puede extraviarse o estar ausente de Él" porque creemos que este mundo es real, que existimos dentro de él, y que aquí suceden cosas terribles. Todos estos son fragmentos

sombríos del terrible suceso que creemos que ocurrió originalmente, cuando

destruimos la Unidad del Cielo, destruimos el Amor de Dios, crucificamos

a Su Hijo y establecimos nuestro propio reino como lo opuesto a la creación. Además, a través de la proyección, creemos que otros están tratando de hacernos cosas terribles, comenzando con Dios. Todos los conflictos en el mundo, personales e internacionales, son formas de recrear

un conflicto ancestral que nunca existió; lo ilimitado y lo limitado, lo infinito y lo finito, Dios y el ego no pueden coexistir, y mucho menos atacarse entre sí. Solo Uno es verdad.

(I.3: 1-4) Si tú no formas parte de Dios, Su Voluntad no estaría

unificada. ¿Es concebible esto? ¿Podría una parte de Su Mente no contener nada? Si nadie excepto tú puede ocupar tu lugar en Su Mente, y el que tú lo ocupases constituyó tu creación, sin ti habría un lugar vacío en la Mente de Dios.

Nuevamente, Jesús está describiendo lo que todos creemos, que no somos parte de la Voluntad de Dios. Esta premisa de la separación gobierna nuestro mundo y todo lo que hacemos aquí. La creencia de que la Voluntad de Dios puede ser fragmentada es el fundamento de toda existencia, y a pesar de que nuestro intelecto afirma que esto es imposible, nuestro mundo necesitado de relaciones especiales parece contradecir las palabras de Jesús.

Es importante ver cómo las palabras anteriores no se aplican a nuestra vida personal como cuerpos, porque todo aquí está orientado hacia fortalecer y preservar nuestra existencia individual. Como miembros de una nacionalidad, etnia, grupos religiosos, sociales y familiares, buscamos mantener nuestras identidades tal como las vemos, siempre tratando de demostrar que la Voluntad de Dios no es lo que es.

El propósito del mundo es negar nuestro lugar en la Mente de Dios, y nuestro comportamiento se opone continuamente a que alguien o algo se interponga en nuestro camino. Todos aquí están en guerra porque la mente errada está en una guerra perenne contra Dios. Incluso si no sentimos que estamos en guerra con otros, podemos ver que estamos en guerra con nuestros cuerpos, que en cualquier momento nos traicionan al enfermarse en virtud de las "leyes naturales" de enfermedad, deterioro y muerte.

Jesús expone estas batallas en curso como un contexto para ayudarnos a comprender la tensión constante que experimentamos en nuestra vida personal.

(I.3: 5-7) La extensión no puede ser bloqueada, ni tampoco tiene vacíos.

Continúa eternamente, por mucho que sea negada. Negar su realidad puede constituir su retraso en el tiempo, pero no en la eternidad.

Somos libres de creer lo que queramos dentro de la ilusión, pero eso no lo

establece como realidad; ni nuestros intentos de negar la extensión (creación) cambian o comprometen su verdad – el principio de

Expiación

del Espíritu Santo.

(I.3: 8) Por eso es por lo que tus creaciones no han cesado de extenderse

y por lo que hay tanto esperando tu retorno.

En verdad, por supuesto, no volvemos realmente. Estamos en "un viaje sin

distancia" (T-8.VI.9:7) porque realmente nunca abandonamos nuestro hogar

en Dios, ni a nuestras creaciones que son las extensiones de nuestro amor.

El uso de la metáfora de Jesús está diseñado para encontrarnos en el infierno que fabricamos para sustituir al Cielo, creyendo que nuestros miserables estados corporales son merecidos por nuestro pecado.

Como

resultado, todos experimentamos el dolor de la carencia y el vacío, la desesperación por recuperar la inocencia que creemos haber arrojado lejos

para siempre. Esta locura se deshace a través de las palabras consoladoras

de Jesús de que nuestra realidad y plenitud como Cristo no ha desaparecido,

sino que simplemente espera pacientemente nuestro "retorno".

(I.5: 10-11) El universo del amor no se detiene porque tu no lo veas, ni tus ojos han perdido la capacidad de ver por el hecho de estar cerrados.

Contempla la gloria de Su creación y te darás cuenta de lo que Dios ha salvaguardado para ti.

Esta es una súplica para ver a nuestros hermanos como uno con nosotros,

compartiendo la misma mente dividida, en ego, Espíritu Santo y tomador de

decisiones. En la oración 10, encontramos otra interpretación sucinta de nuestro tema de la Expiación. Simplemente, el que hayamos cerrado los ojos, lo que significa la capacidad de la mente para escuchar o ver al Espíritu Santo, no significa que el Espíritu Santo no esté allí o que no esté nuestra capacidad de percibirlo. No hace falta decir que no hablamos de la vista externa, sino solo de la capacidad de la mente para elegir contra el ego, habiendo elegido primero por él. Es para negar esta habilidad innata que el ego desarrolló su estrategia de hacer que la mente no funcione. Existimos en un estado cuasi-permanente de ausencia de mente (mundo y cuerpo) para no tener contacto con el poder de la mente para elegir la visión de Jesús y ver verdaderamente.

(I.9: 5-11) Tu voluntad es Su vida, que Él te ha dado. Ni siquiera en el tiempo puedes vivir separado de Él. Dormir no es estar muerto. Lo que Él creó puede dormir, pero no puede morir. La inmortalidad es Su Voluntad para Su Hijo y la voluntad de Su Hijo para sí. El Hijo de Dios no puede disponer la muerte para sí mismo porque su Padre es Vida y Su Hijo es como Él. La creación es tu voluntad porque es Su Voluntad. Podemos soñar con la separación y la muerte, pero las pesadillas no tienen efecto en nuestra realidad como la amorosa e inmortal creación de Dios, la cual crea a Imagen y Semejanza del Creador. A través del recuerdo de la Voluntad inmortal que llevamos con nosotros cuando nos quedamos dormidos, es solo cuestión de tiempo hasta que despertemos y abramos nuestros ojos a la verdad de nuestro Ser eterno. Jesús espera con calma que cambiemos nuestras mentes, tomando la decisión de recordar lo que olvidamos. Por cierto, lo que Dios creó no puede haber caído realmente dormido, ya que eso habría hecho realidad la idea de la separación. Lo que

Jesús realmente quiere decir – el significado del contenido detrás de la forma de las palabras – es que la loca creencia de que hemos caído en el

sueño de la muerte no ha tenido efecto en nuestra realidad como el inmortal

Hijo de Dios. Como leeremos varios capítulos más adelante (T-19.II.3:6) cuando Jesús cita el Bhagavad Gita: "¿podría acaso perecer lo que es inmortal?".

(II.5: 1-8) El Espíritu Santo no puede hablarle a un anfitrión que no le dé la bienvenida, puesto que no será oído. El Eterno Invitado jamás se ausenta, pero Su Voz se vuelve cada vez más tenue en compañía de extraños. Necesita tu protección, únicamente porque la atención que le prestas es señal de que desees Su Compañía. Piensa como Él aunque sólo sea por un momento y la pequeña chispa se convertirá en una luz tan resplandeciente que inundará tu mente para que Él se convierta en tu único Invitado. Siempre que le abres la puerta al ego, menoscabas la

bienvenida que le das al Espíritu Santo. Él no se ausentará, pero habrás hecho una alianza contra Él. Sea cual sea la jornada que decidas emprender, Él irá contigo y esperará. Puedes confiar plenamente en Su paciencia, pues Él no puede abandonar a ninguna parte de Dios.

Nosotros tampoco podemos. Ese es el alegre hecho de Expiación que Jesús

nos recuerda constante-mente. Su presencia amorosa no nos abandona

porque nosotros la abandonemos. Simplemente espera nuestro regreso.

Como nos pregunta lastimosamente en el libro de ejercicios, haciéndose eco

del salmista: "¿Hasta cuándo, santo Hijo de Dios, vas a seguir demorándote,

hasta cuándo?" (L-pII.4.5:8). Jesús necesita motivarnos para que busquemos la chispa en nosotros mismos y en nuestros hermanos, al reconocer el dolor de separarnos de nuestro Eterno Invitado. Nos consuelan

las palabras de Jesús de que incluso mien-tras dormimos y tenemos sueños

horribles de sufrimiento y muerte, su amor nos acompaña, sosteniendo la

chispa hasta que aceptamos su luz como la nuestra. Nuestros pensamientos críticos sobre nosotros mismos y los demás, felizmente, no tienen ningún efecto en el único Pensamiento (de Expiación) que deshace el ego, pero dado que "somos muy inexpertos en lo que respecta a la salvación" (T17.V.9:1) necesitamos nutrir y alimentar este Pensamiento a través del perdón. Las palabras de consuelo de Jesús siguen: (III.1: 1-5) Cuando te sientas abrumado, recuerda que te has hecho daño a ti mismo. Tu Conso-lador te proveerá descanso, pues tú no puedes proveértelo a ti mismo. No sabes cómo hacerlo porque si supieras nunca habrías podido sentirte abrumado. Si no te hicieras daño a ti mismo no podrías sufrir en absoluto, pues ésa no es la Voluntad de Dios para Su Hijo. El dolor es algo ajeno a Él, ya que Él no sabe de ataques y Su paz te rodea silenciosamente. Una vez más, mientras somos libres de soñar lo que elijamos – ilusiones de cansancio y sufrimiento, pérdida y muerte – el Consolador de Dios nos acompaña, llamándonos gentilmente a despertar de nuestra existencia dentro de una pesadilla. El perdón es el contenido de Su llamado, ya que deshace el sistema de pensamiento de separación y ataque que es la fuente de todo dolor. Es el medio del Espíritu Santo para recordarnos que, dado que el dolor no es la Voluntad de Dios, no puede ser la nuestra, a menos que elijamos negar la mente correcta e identificarnos con el pensamiento loco del ego. (III.2) El Hijo de Dios necesita ciertamente consuelo, pues no sabe lo que hace, al creer que su voluntad no es la suya. El Reino es suyo, y sin embargo, vaga sin hogar. Aunque su hogar está en Dios se siente sólo y, rodeado de hermanos, se siente sin amigos. ¿Cómo iba a permitir Dios que esto fuese real, cuando Él no dispuso estar solo? Y si tu voluntad es

la Suya, estar solo no puede ser verdad con respecto a ti porque no lo es con respecto a Él.

El mensaje reconfortante de Jesús en su curso es la Expiación: nada ha pasado entre Dios y Su Hijo, ni tampoco ha pasado nada entre ninguno de

Sus Hijos. Todos permanecemos unidos con nuestra Fuente y uno dentro de

nuestro Ser. La separación sigue siendo un sueño, porque nunca abandonamos la casa de nuestro Padre. Su Reino permanece en paz en su

Unidad eterna, reflejada en la mente sanada por el amable mensaje de perdón del Espíritu Santo.

Finalmente, esta breve declaración de Expiación que lo dice todo:

(VIII.9: 4) Cristo es el Hijo de Dios Que no está en modo alguno separado de Su Padre y Cuyos pensamientos son tan amorosos como el

Pensamiento de Su Padre, mediante el cual fue creado.

La luz de esta verdad brilla en medio de las pesadillas de separación y ataque del ego, recordándonos que la creación del Amor no se ve afectada

por las oscuras ilusiones de culpa y miedo del ego, siendo por siempre inmutable.

Veamos brevemente ahora cómo el ego usa el cuerpo para mantenernos

enraizados en su oscuridad, temeroso de que la mente del Hijo elija la luz

curativa de la Expiación.

El miedo del ego a la Expiación.

(In.3: 5) Cuanto más te aproximas al sistema de pensamiento del ego, más tenebroso y sombrío se vuelve el camino.

Cuanto más elegimos el perdón y aceptamos la evaluación del Espíritu Santo, más temerosos nos volvemos porque el ego levanta su voz en advertencia: "Recuerda lo que te dije. Si sigues yendo hacia la luz, desaparecerás en ella y dejarás de existir". Ahí es cuando nuestro miedo se

intensifica, y la forma se vuelve más tenebrosa y más sombría a medida que

nos acercamos al instante en que elegimos escuchar al Espíritu Santo en

lugar del ego, cuya voz no es apacible y pequeña, sino fuerte y amenazante.

Volviendo a ella, nos sumergimos de nuevo en los confines egoístas de la

oscuridad, encarnados por la culpa y el ataque del cuerpo, cuyo propósito es

mantener la luz de la Expiación enterrada en una mente de la que no sabemos nada.

Otro de los habitantes de la oscuridad del ego es el tiempo:

(I.4: 1-2) ... el tiempo carece de significado. Tú que inventaste las demoras puedes dejar atrás el tiempo reconociendo simplemente que ni

los principios ni los finales fueron creados por lo Eterno, Quien no impuso límites a Su creación o a aquellos que crean como Él.

Como cuerpos somos criaturas del tiempo, y como el tiempo no fue creado

por Dios, tampoco fuimos creados por Él como seres temporales. No es de

extrañar, entonces, que temamos al Eterno, sin mencionar a los medios

provistos para recordarlo a Él. Ser atemporal significa ser una mente, lo que

a su vez significa que podemos elegir de nuevo: el Maestro de la inocencia

eterna en lugar del maestro del pecado, la culpa y el miedo, el pensamiento

de la mente que es la fuente del mundo lineal de los cuerpos del pasado,

presente y futuro.

Este próximo pasaje es una hermosa representación del mensaje de Jesús,

que nos ayuda a ver aún más claramente por qué le tenemos tanto miedo,

defendiéndonos de su simple verdad con nuestra propia vida:

(III.3: 1-5) ¡Ay, criatura de Dios, si supieses lo que Dios dispone para ti, tu gozo sería absoluto! Y lo que Él dispone ha ocurrido, pues siempre fue verdad. Cuando venga la luz y hayas dicho: "La Voluntad de Dios es la mía", verás una belleza tal que sabrás que no procede de ti.

Como

resultado de tu gozo crearás belleza en Su Nombre, pues tu gozo es tan
incontenible como el Suyo. El mundo desolado e insignificante se
desvanecerá en la nada, y tu corazón estará tan rebotante de alegría
que de un salto se elevará hasta el Cielo, ante la Presencia de Dios.
Esto expresa el núcleo del miedo del ego, y se enunciará aún más
claramente en el Capítulo 13. El problema con el "mundo desolado e
insignificante" desapareciendo en la nada, es que es nuestro mundo, y
nosotros somos sus héroes. Estas no son buenas noticias para
nosotros. El
ego es más que consciente de esta amenaza, porque al ser nada más
que una
creencia de la mente, él comprende que, si dejamos entrar
verdaderamente
al Espíritu Santo, nosotros escucharemos Su Voz, ya que son las únicas
palabras que tienen sentido. Y luego nos elevaremos hasta el Cielo,
porque
¿quién elegiría quedarse aquí, dándose cuenta de la ilusoria, aunque
horrible, naturaleza del mundo? Al haber erradicado de todo posible
recuerdo a la mente, y de ahí a todo posible acceso, el ego se asegura
que
nunca abandonaremos su sistema de pensamiento de separación.
En este punto, todo lo que conocemos es el mundo, y aunque podamos
reconocer su podredumbre - "... un mundo árido y polvoriento, al cual
criaturas hambrientas y sedientas vienen a morir" (L-pII.13.5:1) -
seguimos
esperando que de alguna manera nos pueda ocurrir a nosotros.
Continuamente intentamos cambiar al mundo para mejor, e incluso
llegamos muy lejos al creer en los que los políticos nos dicen: "elígeme
y te
garantizo que nuestra economía será sólida por los próximos cuatro (u
ocho) años, habrá paz en el Medio Oriente, la discriminación terminará,
la
pobreza será eliminada, etc." Todos lo compramos, aunque una parte
de
nosotros es lo suficientemente sabia como para saber que nada aquí
funciona, tal como sabemos que ninguna relación especial puede
realmente
satisfacer nuestras necesidades. De hecho, el especialismo está
configurado

para fallar; por maravillosa que sea la sensación cuando obtenemos lo que queremos, sabemos que no durará. Sin embargo, esta sabiduría no nos impide buscar estas relaciones, ya que no conocemos nada más. A lo único que realmente importa, la mente tomadora de decisiones, el ego la ha dejado en blanco, impotente e inaccesible a la corrección.

(III.3: 6-7) No puedo describirte cómo será esto, pues tu corazón no está todavía listo. Puedo decirte, no obstante, y recordártelo a menudo, que lo que Dios dispone para Sí Mismo lo dispone para ti y lo que Él dispone para ti es tuyo.

En otras palabras, estamos demasiado aterrorizados para escuchar la verdad.

Esto es lo que Jesús quiso significar al decir que debemos ir lentamente, de lo contrario, las secciones posteriores del Curso (es decir, el texto) serán "más traumáticas que beatíficas" (T-1.VII.5:8). No contrarresta directamente el sueño mítico del ego del pecado, la culpa y el miedo al castigo, con despertarnos bruscamente. Más bien, nos cuenta su amable mito del bondadoso perdón de Dios, preparándonos amorosamente para el despertar a nuestro Ser: los milagros de mentalidad-correcta que corrigen los juicios de mentalidad-errada, conduciendo finalmente a la MentalidadUno de la creación. De esta manera, nuestro amoroso maestro nos recuerda nuestra realidad al guiarnos a través de la práctica diaria de reflejar la Unidad de la Voluntad de Dios en nuestras relaciones, en las que aprendemos a perdonar en lugar de condenar, viendo intereses compartidos en vez de separados.

(III.4: 6-10) Camina en la luz y no veas a los siniestros compañeros, pues no son compañeros dignos del Hijo de Dios, que fue creado de la luz y en la luz. La Gran Luz siempre te rodea e irradia desde ti. ¿Cómo podrías ver a los compañeros siniestros en una luz como ésta? Si los ves

es únicamente porque estás negando la luz. Niégalos a ellos en vez de a

la luz, pues la luz está aquí y el camino ha sido despejado.

El ego lo sabe muy bien. En la luz no podemos ver a los compañeros siniestros e ilusorios – especia-lismo, sufrimiento, sacrificio y muerte – lo

cual lleva al ego a sacarnos de la luz. Como la luz existe solo en la mente, el

ego nos anima a buscarla en el mundo de la oscuridad, en personas especiales a quienes idolatramos, o en formas especiales como rituales,

religiones o incluso Un Curso de Milagros. El miedo del ego es que la luz

verdadera, al ser elegida por la mente, borrará la oscuridad disolviéndola, lo

cual lleva al ego a arraigar nuestras identidades en los cuerpos, su refugio

seguro de culpa y miedo.

(III.6) Las criaturas de la luz no pueden morar en la oscuridad, pues no hay oscuridad en ellas. No te dejes engañar por los consoladores siniestros, ni permitas que entren en la mente del Hijo de Dios, pues no tienen cabida en Su templo. Cuando te sientas tentado a negar a Dios recuerda que no hay otros dioses que puedas anteponer a Él, y acepta lo que Su Voluntad dispone para ti en paz, pues no la puedes aceptar de

ninguna otra manera.

No podemos aceptar la Voluntad de Dios mientras estamos en un estado de

conflicto, porque si creemos que Su Voluntad es que nosotros estemos guerra contra otros, destruyéndolos por el bien del Reino, como ha sido tristemente el caso en toda la historia, nunca encontraremos la paz. La paz

de Dios es nuestra solo cuando reconocemos su totalidad en la cual no hay

lugar para el conflicto, la dominación o el triunfo, una totalidad que abarca

a todas las personas y todas las cosas en todo momento. De lo contrario, no

es la Voluntad de nuestro Creador, a la cual hemos sustituido con la voluntad de los dioses falsos. Ten en cuenta, por cierto, la referencia al

primer Mandamiento en la oración 3, un tema revisado en el Capítulo 10.

Como el miedo del ego es en respuesta a la verdad de que "las criaturas de la luz no pueden morar en la oscuridad", él busca convencernos de que somos criaturas de la culpa. Esto es reforzado por el cuerpo, que es el héroe

del sueño del mundo donde el pecado y la culpa son reales, pero residen en

otra persona - la defensa contra el sueño inconsciente de la mente de que la

culpa es suya. El problema central es la creencia de que estamos en conflicto con Dios, el problema de la autoridad original. Para ver que esto

nunca se resuelva, el ego lo entierra en el sótano de la mente, sobre el cual

construye el edificio del mundo sin mente para que nunca podamos entrar.

Sabe que, si alguna vez miramos en el sótano, no veríamos la oscuridad

sino solo la luz brillante de la Expiación. El sótano y el edificio desaparecerían, ya que su propósito de ocultar la luz habría sido anulado.

Con la llegada de la luz, la nada del ego queda expuesta, por lo que Jesús

comienza su discusión del ego diciendo:

(V.3: 1,3-7) Comencemos esta lección acerca de la "dinámica del ego" dándonos cuenta de que la expresión en sí no significa nada. ...

"Dinámica" implica el poder para hacer algo, y toda la falacia de la separación radica en la creencia de que el ego tiene el poder de hacer algo. Tienes miedo del ego porque crees eso. No obstante, la verdad es muy simple:

Todo poder es de Dios.

Lo que no procede de Él no tiene el poder de hacer nada.

Una vez más, podemos ver por qué el ego, la parte de nosotros a la que le

gusta ser nosotros, teme la verdad del Curso, la cual enseña que el aparente

poder del ego es realmente nada. El ego descansa en la creencia de la mente en él, la creencia en la ilusión. Nuestro miedo de nosotros mismos, de los demás y del mundo son disfraces inteligentes para la simple verdad de que no tenemos miedo a nada. El poder es solo de Dios, y nada aparte de Él tiene poder en absoluto. Un Curso de Milagros nos ayuda a ver el ego tal como es, y en este capítulo encontramos las referencias más claras hasta ahora sobre su propósito de enseñarnos a mirar el ego para reconocer su inherente impotencia.

Un Curso de Milagros

Las palabras de Jesús en este próximo pasaje fueron dirigidas a Helen y Bill

porque se estaban quejando (especialmente Helen) que este curso no tenía

ningún sentido y que era demasiado complicado. Esto, por supuesto, no era

cierto, ya que Helen lo entendía muy bien. Sin embargo, a ella no le gustaba

lo que ella había entendido. De manera característica, ella trató de culpar a

Jesús. Esta es su respuesta a Helen, y a todos nosotros:

(VI.3: 1-3) Este curso es muy claro. Si no lo ves así, es porque estás haciendo interpretaciones contra él, y, por lo tanto, no crees lo que dice.

Y puesto que lo que crees determina tu percepción, no percibes el significado del curso y, consecuentemente, no lo aceptas.

Jesús dice que los problemas con su curso no surgen porque carece de claridad. Muchos estudiantes, por ejemplo, se quejan de que no siempre

tiene sentido, o de que no está escrito claramente. Para estar seguro, la

referencia de los pronombres a veces no siempre es clara, los negativos

dobles y triples pueden formar algunas oraciones que son difíciles de

entender, y siempre existe el pentámetro yámbico para confundir al lector no poético. Pero el significado general del texto es tan claro que no podemos pasarlo por alto, a menos que así lo queramos. Y ese es el punto de Jesús aquí: queremos no entender lo que está enseñando porque nos asusta. Sin embargo, a pesar de los intentos de muchos estudiantes de mezclar Un Curso de Milagros con el mundo y convertirlo en un sistema no-dualista imperfecto, o en una dualidad absoluta, en algún nivel saben que el curso está enseñando lo opuesto. Después de todo, repetidamente se nos dice que no estamos aquí, porque ¿cómo podría Dios conocer algo que es inherentemente ilusorio y demente?

Jesús nos dice que su curso es perfectamente claro, lo cual es lo que tememos. Vivir sus principios es lo que hace que este curso sea difícil, no su lenguaje o estilo de escritura. El objetivo final de Un Curso de Milagros es enseñarnos que el mundo y el cuerpo son ilusiones. En el fondo, sabemos que cada vez que le pedimos ayuda a Jesús para ver una situación de manera diferente, clavamos otro clavo en el ataúd de nuestra individualidad.

Temiendo la inevitabilidad de esta elección, tratamos de cambiar las enseñanzas del Curso para reforzar y proteger nuestra existencia separada y especial.

(VIII.1: 1-3) Este curso es muy simple. Quizás pienses que no necesitas un curso que, en última instancia, enseña que sólo la realidad es verdad. Pero ¿crees realmente esto?

Un Curso de Milagros nos dice continuamente que solo la realidad es verdad y que el sistema de pensamiento del ego es ilusorio. Todo lo que nace de la separación – es decir, nuestro yo individual – no es real. Esto no

deja a nuestro ego en un lugar feliz o seguro, y necesitamos un curso y un

maestro para ayudarnos a aliviar nuestra ansiedad para que podamos alcanzar la certeza de Dios.

Estos siguientes comentarios fueron originalmente destinados a Helen, quien una vez más se quejaba a Jesús:

(VIII.5: 1-3) Tal vez te quejes de que este curso no es lo suficientemente

específico como para poderlo entender y aplicar. Mas tal vez no hayas hecho lo que específicamente propugna. Éste no es un curso de especulación teórica, sino de aplicación práctica.

En la clarificación de términos, Jesús dice: "Este no es un curso de especulación filosófica ..." (C-in.1:1). Si bien las ideas metafísicas en Un

Curso de Milagros son esenciales para su comprensión, el propósito del Curso no es convertirnos en metafísicos, sino enseñarnos a perdonar. Entenderemos desde nuestro interior lo que el Curso quiere significar al

decir que el mundo es una ilusión, en lugar de simplemente entenderlo intelectualmente. Aplicando sus principios de perdón a nuestra vida cotidiana es cómo llegaremos a reconocer y aceptar la verdad innata de las enseñanzas de Jesús.

(VIII.5: 4-6) Nada podría ser más específico que el que le digan a uno que si pide recibirá. El Espíritu Santo te dará la respuesta para cada problema específico mientras creas que los problemas son específicos. Su respuesta es a la vez una y muchas mientras sigas creyendo que el que es uno es muchos.

Este es un pasaje importante porque fácilmente podría ser sacado de contexto para justificar pedirle al Espíritu Santo por cosas específicas. El

folleto de El Canto de la Oración fue escrito por Helen algo más de un año

después de la publicación del Curso como respuesta a los estudiantes que

habían entendido mal este y otros pasajes similares. Pedirle ayuda al Espíritu Santo solo tiene sentido cuando se trata de ayudar a deshacer el

sistema de pensamiento del ego, no para obtener espacios de estacionamiento, curar el cáncer o lograr la paz mundial. Sin embargo,

mientras creamos que "el uno es muchos", nuestra experiencia en el mundo dualista de la especificidad, será que la única respuesta del Amor del Espíritu Santo a nuestras peticiones es específica, y será como Jesús lo describió anteriormente.

Una vez que nuestro sistema de creencias comienza a cambiar y ascendemos por la escalera de la oración, para tomar prestada la metáfora del folleto, reconocemos que solo hay una necesidad y una respuesta, "un problema, una solución" (L-pl.80.1:5). Recuerda que este curso está escrito en un nivel que podemos entender, en la condición dualista en la que pensamos que existimos (T-25.I.7:4). En consecuencia, no debemos tomar como que el pasaje anterior significa que Jesús realmente nos está diciendo que pidamos cosas específicas. Para estar seguros, tales solicitudes son un buen lugar para comenzar, ya que creemos que somos cuerpos específicos, pero Jesús no quiere que permanezcamos en esa experiencia. De lo contrario, nunca aprenderíamos a pedirle ayuda para mirar las relaciones de manera diferente y aprender el verdadero significado del perdón: que nuestras mentes tomadoras de decisiones elijan de nuevo. Es importante que los estudiantes reconozcan que el objetivo final de Un Curso de Milagros es ayudarlos a ascender hacia la cima de la escalera, desde la ausencia de mente del ego hasta la mente plena de Jesús, donde se encuentra el mundo real. El Curso no está destinado a que nos sintamos cómodos en los peldaños inferiores, que representan nuestras vidas aquí como cuerpos que se relacionan con personas separadas que llamamos Jesús o el Espíritu Santo, para, sin embargo, permanecer por siempre separados de la Unidad del Amor del Cielo.

(VIII.5: 7-10) Puede que tengas miedo de Su especificidad por temor a lo que crees que ésta pueda exigirte. Mas es únicamente pidiendo como

aprenderás que lo que procede de Dios no te exige nada en absoluto. Dios sólo da; nunca quita. Cuando te niegas a pedir es porque crees que

pedir equivale a quitar en vez de a compartir.

Si creemos que nuestra voluntad está separada de la de Dios y que Su Voz

nos pide que hagamos algo, creemos que perderemos algo. Como se discutió anteriormente, ya que creemos que somos personas específicas que

viven en medio de un mundo de cosas específicas, inevitablemente debemos experimentar que el Espíritu Santo nos pide que hagamos cosas

específicas. En el Capítulo 18, Jesús enfatiza que, dado que creemos que

somos cuerpos, lo que significa habitar en un mundo específico, debemos

creer que Dios también es específico. Como negamos la no-especificidad de

la mente ("una idea") experimentamos que el Espíritu Santo se relaciona

con nosotros como cuerpos:

... ¿Se puede ver que a sí mismo dentro de un cuerpo conocerse a sí mismo como una idea? Todo lo que reconoce a identificar con lo externo, algo fuera de sí mismo. Ni siquiera se puede pensar en Dios sin un cuerpo, o en alguna forma cree que reconoces (T-18.VIII.1: 5-7).

Como somos criaturas de culpa, proyectaremos la culpa de la mente en

nuestros cuerpos, creyendo que merecen ser castigados por nuestros pecados. Entonces debemos creer que nuestro Maestro interno nos está

diciendo que renunciemos a los placeres corporales específicos, a las relaciones y objetos que apreciamos e incluso codiciamos.

A esto le sigue, que el viaje que hacemos con Jesús comienza invariablemente pidiendo cosas específicas. Aprendemos que nuestro sistema de pensamiento de culpa y sacrificio estaba equivocado, porque no

podemos robar o perder el amor, ya que nunca podrá tomarse, sino solo
compartirse. Escuchamos a la mentalidad-correcta porque es la respuesta a
nuestro pedir por cosas específicas, y para así saber que lo único que se
puede perder es nuestra culpa. ¿Dónde entonces está el sacrificio por la
pérdida (uno u otro) cuando el amor compartido (juntos, o no en absoluto)
ha tomado su lugar? ¿Y dónde está el temor a Dios, cuando hemos aprendido que Él no es más que Amor, y nosotros también? (L-pl.171-180)

(VIII.6) El Espíritu Santo te dará sólo lo que es tuyo, sin pedirte nada a cambio. Pues lo que es tuyo es todo lo que existe, y lo compartes con Dios. Ésa es su realidad. ¿Podría el Espíritu Santo, que sólo dispone restituir, ser capaz de interpretar incorrectamente la pregunta que necesitas hacer para darte cuenta de Su respuesta? Has oído la respuesta, pero no has comprendido bien la pregunta. Crees que pedirle consejo al Espíritu Santo es pedir que se te prive de algo. Nuevamente, mientras creamos que nuestra voluntad no es la Voluntad de

Dios, debemos creer que el Espíritu Santo nos privará de nuestro ser cuando
le pedimos ayuda. En realidad, pedirle al Espíritu Santo significa pedir ayuda únicamente para deshacer el sistema de pensamiento que dio origen
al mundo, a la existencia corporal y a los problemas específicos. Por lo tanto, queremos llevar estos problemas de vuelta a Su respuesta en la mente. Nuestro verdadero problema no es el cáncer, el SIDA o una cuenta

bancaria en disminución, sino la creencia de que nos separamos de nuestra

Fuente. Hemos entendido mal el problema y la única pregunta real que debemos hacernos es "¿Queremos el problema o la respuesta? Se deduce,

entonces, que la única respuesta a nuestras preocupaciones es la Expiación,

la cual enseña que Dios no pide nada a cambio de Su Amor. En verdad,

tenemos y somos nada más que este Amor. Jesús promete que su curso nos ayudará, pero debemos aprender a hacer lo que él pide para sentirnos dignos de aceptar su ayuda, creciendo de la infancia espiritual a la edad adulta y regresar a casa.

Niños

Pasamos al tema de nuestro ser niños espirituales. Uno de los objetivos de

Un Curso de Milagros es ayudarnos a entender cuánto no entendemos, aprendiendo a aceptarnos como niños, no en la sensación de que somos

inocentes y santos, rasgos a veces erróneamente atribuidos a ellos, sino que

nosotros necesitamos instrucción sobre el mundo. Y así, a lo largo del Curso, como discutí en el Capítulo 8, Jesús se refiere a nosotros como niños, a veces incluso como bebés (por ejemplo, T-4.II.5:2-3; T-22.I.6:3-7),

y por implicación, como infantes (p. ej., T-19.IV-C.9:3; 10:4) – pero nunca como adultos.

(VIII.2: 1-3) La Biblia os dice que os volváis como niños. Los niños reconocen que no entienden lo que perciben, y, por lo tanto, preguntan cuál es su significado. No cometas la equivocación de creer que entiendes lo que percibes, pues su significado se te escapa.

En nuestra arrogancia, estamos seguros de entender lo que sucede en el

mundo y por qué. Necesitamos la ayuda de Jesús para reconocer que no lo

entendemos. Un ejemplo de nuestra ignorancia es que creemos que la percepción involucra a aquello a lo que nuestros órganos sensoriales responden en el mundo externo. La verdad, sin embargo, es que la percepción es la interpretación de la mente de lo que percibe el cuerpo (por

ejemplo, M-17.4). Recordemos que la proyección da lugar a la percepción;

primero miramos dentro de la mente, elegimos al maestro en el que creemos

y luego vemos el mundo de acuerdo con la orientación de nuestro maestro:
visión o juicio, perdón o ataque, intereses compartidos o separados. Como
no somos conscientes de la mente, sin mencionar su poder de decisión,
¿cómo podría ser posible que entendamos el mundo que vemos? Antes de
continuar, tomamos un breve desvío a un pasaje anterior en este capítulo
que se refiere a esta idea de la percepción:
(VI.2: 5-6) Ha habido mucha confusión con respecto a lo que significa la percepción, debido a que la palabra se usa con el significado de “conciencia”. No obstante, no puedes ser consciente sin interpretar, pues lo que percibes es tu propia interpretación. Jesús se refiere a las discusiones sobre la percepción dentro del campo de la psicología. Como acabamos de ver, lo que percibimos no es lo que nuestros sentidos físicos nos informan, sino la forma en que nuestras mentes interpretan estos datos sensoriales. Por ejemplo, nuestros ojos ven un puño levantado u oyen una voz enojada, observamos a las personas tirar una bomba o disparar un arma, y nuestros cerebros casi siempre interpretan estos comportamientos como ataque, expresiones de los pensamientos de la mente sobre el pecado o el mal que merecen castigo. Sin embargo, hay otra forma de interpretar estas acciones. El Espíritu Santo entiende que el ataque es una expresión de miedo, lo cual es un llamado al amor que ha sido negado. (Volveremos a esto en el Capítulo 12.) La percepción no es lo que vemos “objetivamente”, sino cómo interpretamos lo que vemos, desde el ego o desde el Espíritu Santo. Esta decisión determina nuestra respuesta, independientemente de los aparentes hechos del mundo fenomenal.

De nuevo, esto es lo que Jesús quiere decir cuando dice que nosotros, como niños, no entendemos lo que percibimos. Sin embargo, a diferencia de los niños, al ser adultos físicos, creemos arrogantemente que lo entendemos: un ataque es un ataque y exige venganza. Por este motivo necesitamos un curso y un Maestro para enseñarnos lo contrario. Regresamos a donde estábamos antes de esta breve digresión: (VIII.2: 4-5) Mas el Espíritu Santo ha preservado su significado para ti, y si tú le permites que lo interprete, Él te devolverá lo que tú despreciaste. Sin embargo, mientras creas que sabes cuál es el significado de lo que percibes, no verás la necesidad de preguntárselo a Él.

Sin usar la palabra, Jesús nos está pidiendo humildad, aceptando que no entendemos. Por ejemplo, aunque no sabemos realmente qué está mal en nuestras relaciones con los demás, nuestros egos creen que lo saben. Así, el comienzo de la sabiduría es reconocer que no sabemos. El Oráculo de Delfos proclamó que Sócrates era el hombre más sabio de Atenas, lo que Sócrates aceptó como cierto porque él reconoció su propia ignorancia, en contraste con los llamados sabios que pensaban que sabían cuando no era así. Reconocer nuestra incapacidad para entender nos permite recurrir a Aquel Que sabe cuál es la manera de resolver el problema de autoridad. De lo contrario, crearemos, y estaremos tan seguros de que tenemos razón, que la autoridad nos impedirá hacer lo que queremos o no nos permitirá convertirnos en la persona que deseamos ser. La verdadera comprensión significa percibir que todos los involucrados en un conflicto están locos y

necesitan ayuda. Con humildad, aceptamos nuestra única
responsabilidad
de mirar nuestra locura, pidiendo orientación para deshacerla,
renunciando
a todo juicio. Al hacerlo, la inocencia del Hijo de Dios que creemos que
habíamos tirado y perdido para siempre se restaura.
(VIII.3: 1-3) No sabes cuál es el significado de nada de lo que percibes.
Ni uno solo de los pensa-mientos que albergas es completamente
verdadero. Reconocer esto sienta las bases para un buen comienzo.
Para la mayoría de nosotros, esta declaración sería el colmo del
insulto,
porque Jesús nos dice que ni uno solo de los pensamientos que
albergas es
completamente verdadero, lo que significa que hay ego en todo lo que
hay
aquí. Un Curso de Milagros nos llama a hacer un cambio radical en
cómo
percibimos el universo, un cambio que es imposible a menos que
queramos
que ocurra y que sinceramente pidamos ayuda. Elegir este cambio
nace del
reconocimiento de que hay algo muy mal con la forma en que vivimos
y
percibimos nuestras vidas, porque nuestra percepción es que el mundo
existe para satisfacer nuestras necesidades especiales, y que todos
aquí son
un enemigo potencial, empeñados en nuestra destrucción. En última
instancia, nosotros como cuerpos nunca podemos percibir
correctamente,
porque miramos todo como si estuviese fuera de nosotros, en lugar de
darnos cuenta de que el mundo es una proyección de lo que está
dentro de
nuestras mentes donde la percepción comienza y termina: las ideas no
abandonan su fuente. Reconocer esta verdad inicia el viaje de retorno
a
nuestro hogar.
(VIII.3: 4) No es que estés desencaminado; es que no has aceptado
ningún guía.
El ego no nos está guiando mal, nos dice Jesús, porque, al estar loco,
no es

una guía en absoluto. ¿Qué tipo de orientación nos puede proporcionar?

Nos “guía” solo para encontrar a alguien o algo a quien culpar, en lugar de hacia nuestra responsabilidad por aceptar los sentimientos y reacciones que emanan de la mente tomadora de decisiones. La verdadera guía, que proviene solo del Espíritu Santo, utiliza el milagro para devolver nuestra atención a la mente para que pueda elegir de nuevo.

(VIII.3: 5-8) De lo que más necesidad tienes es de aprender a percibir, pues no entiendes nada. Reconoce esto, pero no lo aceptes, pues el entendimiento es tu herencia. Las percepciones son algo que se aprende, y ya dispones de un Maestro. Mas para estar dispuesto a aprender de Él tienes que estar dispuesto a poner en duda todo lo que aprendiste por tu cuenta, pues tú que no te enseñaste a ti mismo bien no deberías ser tu propio maestro.

Jesús enfatiza la importancia de darnos cuenta de que no entendemos nada.

Como él enseña en otra parte, todo lo que creemos que entendemos se basa en la experiencia pasada, filtrada a través del principio del ego de uno u otro. Con esa enseñanza como nuestra base, el mundo se convierte en un campo de batalla, y todo en él es un conflicto donde uno gana y otro pierde.

Como nuestra certeza perceptiva nos impide pedirle ayuda a Jesús, necesitamos cuestionar todo lo que pensamos, presagiando esta enseñanza

posterior en el texto: “Aprender este curso requiere que estés dispuesto a

cuestionar cada uno de los valores que abrigas. Ni uno solo debe quedar

oculto y encubierto, pues ello pondría en peligro tu aprendizaje” (T24.in.2:1-2).

Nuevamente, Jesús nos pide que seamos humildes al reconocer que necesitamos un maestro que no seamos nosotros mismos, porque nos hemos

enseñado mal. Este cambio de actitud nos permite pasar del valor del ego de uno u otro al del Espíritu Santo de juntos, o no en absoluto. Suya es la percepción de la igualdad universal del Hijo de Dios, cuya mente contiene los sistemas de pensamiento del ego y del Espíritu Santo, y la capacidad de elegir entre ellos.

(VIII.4) Solamente tú puedes privarte a ti mismo de la verdad. Dios, no obstante, no te negará la Respuesta que Él dio. Pide, pues, lo que es tuyo, lo cual no es obra tuya, y no te defiendas contra la verdad. Tú ocasionaste el problema que Dios ha resuelto. Por lo tanto, hazte únicamente esta simple pregunta:

¿Deseo el problema o la solución?

Decídette por la solución y la tendrás, pues la verás cómo es y que ya dispones de ella.

El problema es que creemos que conocemos el problema. Jesús le dijo una

vez a Helen que cuando ella le pide su ayuda con un problema, ella estaba

limitando su respuesta, porque al definir el problema, ella estableció límites

a su amor, para de esa manera hacerlo más manejable. El único problema es

por qué persistimos en vernos a nosotros mismos como separados de otros,

cuando la respuesta es simplemente no hacerlo. Recordemos: un problema

(separación), una solución (Expiación).

El propósito detrás de los problemas percibidos es ocultar el problema real:

la decisión de la mente por el ego. Estos problemas externos son fragmentos

oscuros de esa decisión, y necesitamos la ayuda de Jesús para volver al

punto de elección en la mente. Allí nos damos cuenta de que todo lo que

percibimos y representamos expresa la estrategia del ego de mantener el

problema alejado de la respuesta. Habiendo proyectado el problema en el mundo y luego confiando erróneamente en que nuestras percepciones nos dicen la verdad, ahora le pedimos a Jesús que nos proporcione la verdadera respuesta al verdadero problema: el perdón que no es externo a nosotros, sino que está dentro de nosotros.

(VIII.13: 1-3) Los niños perciben fantasmas, monstruos y dragones espantosos y se aterrorizan. Mas si preguntan a alguien en quien confían cuál es el significado de lo que perciben, y están dispuestos a abandonar

sus propias interpretaciones en favor de la realidad, su miedo desaparece junto con ellas. Cuando se ayuda a un niño a que se dé cuenta de que lo que pensaba que era un fantasma es en realidad una cortina, el “monstruo” una sombra y el “dragón” un sueño, deja entonces de tener miedo y se ríe felizmente de su propio miedo.

Al igual que los niños, vemos fantasmas, monstruos y dragones a nuestro

alrededor, pero los llamamos por nombres más sofisticados. El líder de un

país los llama malhechores, mientras que los individuos ven gente malvada

y cruel tratando de lastimarlos y destruirlos. Estas son las monstruosidades

temerosas que parecen asediarnos a diario. A pesar de la fuerza de estos

testigos perceptivos, estamos aprendiendo que lo que percibimos afuera es

una mera proyección de un miedo interno que proviene de la creencia de

que estamos en conflicto con un Dios vengativo, enfurecido porque usurpamos Su autoridad. Sin embargo, todo esto sigue siendo fantasía.

Los

monstruos que percibimos afuera no son monstruos en absoluto, ni son los

símbolos de culpa que hemos percibido dentro. Ambos niveles de percepción, cuerpo y mente, son literalmente producto de nuestra atormentada imaginación.

Jesús nos consuela: "Te ayudaré a comprender que fabricaste todo esto porque querías preservar una identidad individual que crees que conseguiste a expensas de Dios. Sin embargo, este ser único y especial no es lo que pensaste que era. No te hace feliz o ni te da paz, porque crees que otros robarán de ti lo que crees secretamente que le robaste a Él". Jesús nos pide a nosotros, sus pequeños hermanos y hermanas, que aceptemos su ayuda para mirar hacia adentro, y desde allí para mirar hacia afuera, una variación de la proyección da lugar a la percepción: "Como tu hermano mayor que te ama, déjame enseñarte a percibir que todos están en el mismo barco miserable en el que tú estás; déjame ayudarte a mirar el mundo de manera diferente y a perdonarlo; y deja yo te enseñe la risa que deshace todo miedo".

Mirar

En el contexto de nuestra discusión actual sobre mirar, revisaremos una oración anterior. Nosotros necesitamos recordar siempre que la idea es "volver a mirar" la oscuridad exterior, viéndola como una proyección de la oscuridad interna. Mirando con la luz del amor de Jesús a nuestro lado, nos damos cuenta de que no hay monstruos acechando en la oscuridad. En la forma en la que estábamos mirando antes – el "mirar" original – no estábamos mirando al todo, sino simplemente las vanas fantasías de una mente loca. En verdad no había nada allí para ver, y ciertamente no hay nada a lo que proyectar o responder.

(In.3: 5-7) Cuanto más te aproximas al sistema de pensamiento del ego, más tenebroso y sombrío se vuelve el camino. Sin embargo, incluso la pequeña chispa que se encuentra en tu mente basta para iluminarlo.

Lleva esa luz contigo sin ningún temor, y valerosamente enfócala a los cimientos del sistema de pensamiento del ego.

Un Curso de Milagros trata sobre el aprender a recordar esta pequeña chispa – el recuerdo del amor de Dios, la visión de Cristo, el Espíritu Santo:

todos símbolos de nuestro pedido de ayuda a la mente correcta.

Pedimos

mirar el mundo a través de Sus ojos, lo que significa darnos cuenta de que

el mundo que vemos, hacemos realidad y al cual reaccionamos, es literalmente una proyección de una decisión tomada en la mente.

Como

dice un capítulo posterior: el mundo es "una imagen externa de una condición interna" (T-21.in.1:5). Cuando cambiamos nuestro enfoque de lo

externo a lo interno y miramos el sistema de pensamiento del ego, nos

damos cuenta de que es una ilusión, entonces, ¿cómo podemos tener miedo

de ella? Sin embargo, dejar ir al ego no es algo que sucede de una vez, porque nuestro miedo es que, si realmente cambiamos la percepción, las

personas que creemos que somos desaparecerán. Consolándonos, Jesús

continuamente nos recuerda que el proceso de mirar sin juzgar es suave.

Como dice el libro de ejercicios sobre el perdón: "El perdón ... es tranquilo

y sosegado, y no hace nada. ... Simplemente observa, espera, y no juzga"

(L-III.1.4:1,3).

(In.3: 8-10) Estate dispuesto a juzgarlo con absoluta honestidad. Pon al descubierto la tenebrosa piedra angular de terror sobre la que descansa

y sácala a la luz. Ahí verás que se basaba en la insensatez y que todos tus miedos eran infundados.

Juzgar el sistema de pensamiento del ego con "absoluta honestidad" significa mirarlo con Jesús, ya que así no lo evaluarás en términos de asociaciones pasadas que se basan en nuestra necesidad de especialismo.

El problema de autoridad con Dios, el núcleo de todos los juicios, es inventado, y cuando entendemos que lo inventamos como una motivación para abandonar la mente y vivir en el mundo y así escapar de la ira de Dios, también entendemos la tremenda inversión que hacemos para encontrar paz, felicidad y consuelo aquí. Todo es una estratagema para cumplir con la estrategia de auto-conservación del ego, manteniéndonos sin mente al enraizar nuestra atención en el cuerpo y su mundo.

(In.4) Hermano mío, tú eres parte de Dios y parte de mí. Cuando por fin hayas visto los cimientos del ego sin acobardarte, habrás visto también los nuestros. Vengo a ti de parte de nuestro Padre a ofrecerte todo nuevamente. No lo rechaces a fin de mantener oculta la tenebrosa piedra angular, pues la protección que te ofrece no te puede salvar. Yo te daré la lámpara y te acompañaré. No harás este viaje solo. Te conduciré hasta tu verdadero Padre, Quien, como yo, tiene necesidad de ti. ¿Cómo no ibas a responder jubilosamente a la llamada del amor? El júbilo de responder la llamada es saber que nuestras pesadillas de ataque y pérdida, percibidas como reales, son nuestras pesadillas. El punto clave es: "No lo rechaces con el fin de mantener oculta la tenebrosa piedra angular". Nosotros no queremos mirar, y por eso nos negamos a aceptar el regalo de Jesús. De hecho, el mundo fue hecho para mantener la culpa oculta en nuestras mentes para que no tengamos que mirar. En lugar de ver la culpa interna, la vemos en otros. Para contrarrestar este uso de la proyección, Jesús nos ofrece la luz de su visión para que podamos ver más allá del especialismo del cuerpo a la culpa de la mente, y más allá de ésta hacia el amor que conduce a nuestro Padre y a nuestro hogar. Los siguientes dos párrafos que abren "La "dinámica" del ego" están entre los más claros en Un Curso de Milagros al describir el proceso de mirar con Jesús la oscuridad del ego. Sin este proceso, no puede haber alegría,

felicidad o paz:

(V.1: 1) Nadie puede escapar de las ilusiones a menos que las examine, pues no examinarlas es la manera de protegerlas.

La ilusión de separación – pecado, culpa, miedo y el problema de autoridad

con Dios – está protegida por nuestra creencia en un mundo externo, mantenido firmemente en su lugar por nuestras proyecciones.

Convencidos

de la realidad de nuestras percepciones, no buscamos la verdad en nuestras

mentes. Esto significa que no podemos escapar de las ilusiones que hemos

hecho realidad ya que no las vemos, y ni siquiera recordamos haberlas elegido.

(V.1: 2-3) No hay necesidad de sentirse amedrantado por ellas, pues no son peligrosas. Estamos listos para examinar más detenidamente el sistema de pensamiento del ego porque juntos dispone-mos de la lámpara que lo desvanecerá, y, puesto que te has dado cuenta de que no

lo deseas, debes estar listo para ello.

No tenemos que temer a la nada del ego. Solo nuestra creencia en las ilusiones las hace peligrosas para nosotros, porque en sí mismas no pueden

tener ningún efecto sobre nosotros. No hay que hacer nada con la oscuridad

del ego, ya que literalmente es nada, pero definitivamente hay que hacer

algo con nuestra creencia en la oscuridad. Mirar con Jesús – esto no es algo

que podamos hacer solos – es el medio que Un Curso de Milagros emplea

para disolver la oscuridad ilusoria del ego llevándola a su luz, la cual la disipa con su dulce verdad.

(V.1: 4-6) Mantengámonos muy calmados al hacer esto, pues lo único que estamos haciendo es buscando honestamente la verdad. La “dinámica” del ego será nuestra lección por algún tiempo, pues debemos primero examinarla para poder así ver más allá de ella, ya que le has otorgado realidad. Juntos desvaneceremos calmadamente este error, y después miraremos más allá de él hacia la verdad.

Este pasaje es la explicación de Jesús de por qué pasa tanto tiempo

hablando del ego, a pesar de su naturaleza ilusoria. Cuando los estudiantes a veces objetan que tal atención hace que la ilusión sea real, no se dan cuenta de que ellos son los que hacen real al ego, de manera tan aterradora que nunca quieren mirarlo de nuevo. Por lo tanto, Jesús nos habla como si el ego fuera real para que podamos verlo con él. Sólo entonces veremos la luz más allá: la Expiación brillando a través de la oscuridad de la mente errada, la cual es fácilmente disuelta. De hecho, no podemos conocer la luz de la verdad hasta que reconozcamos la oscuridad, lo cual debemos hacer porque nuestra creencia en ella es el problema, una creencia que está protegida por no mirar. Identificarnos con el cuerpo sin mente nos impide ver que el problema del ego no es el problema. Es por eso que podemos decir que este es un curso para descubrir el ego, no negarlo o colocar cubiertas santas encima de él. Primero nos encontramos disgustados por la oscuridad exterior, lo que nos lleva a decir y significar: "debe haber otra manera". La otra manera es mirar el ego con Jesús. De nuevo, no podemos mirar sin él, porque el unirnos a su amor deshace la creencia del ego en la separación del amor, el núcleo de todo miedo y odio.

(V.2: 1-2) ¿Qué es la curación sino el acto de despejar todo lo que obstaculiza el conocimiento? ¿Y de qué otra manera puede uno disipar las ilusiones, excepto examinándolas directamente sin protegerlas? Una declaración clara y simple: la única forma de disipar las ilusiones (el corazón de cualquier espiritua-lidad) es mirarlas, pero no en el mundo proyectado donde el ego las puso. Las ilusiones se disipan al mirar su

fuente, que es la decisión de la mente de hacerlas reales. Para reafirmar este importante punto, la verdad no necesita ser afirmada o buscada, ni se necesita hacer nada con el ego mismo. Ni el ego ni la verdad son el problema o la respuesta. Como es la creencia en el ego de la mente tomadora de decisiones lo que es el impedimento para despertar del sueño, el cambiar nuestro maestro interno elimina el problema, y esta es la esencia de toda curación.

(V.2: 3,8-9) No tengas miedo, por lo tanto, pues lo que estarás viendo es la fuente del miedo, y estarás comenzando a darte cuenta de que el miedo no es real. ... No tengas miedo de mirar al miedo, pues no puede ser visto. La claridad, por definición, desvanece la confusión, y cuando se mira la oscuridad a través de la luz, ésta no puede por menos que disiparla.

Mirar el ego con Jesús es la suma y la sustancia de Un Curso de Milagros, y en el resto de los capítulos del texto, Jesús nos descubre la fealdad y la crueldad de lo que yace enterrado en la mente. Finalmente, nos daremos cuenta de que lo que está enterrado no es nada. Aunque Jesús todavía no comenzó a hablar sobre las relaciones especiales, el corazón del sistema defensivo del ego, nos da un modelo del perdón: mirar con él la oscuridad.

Esto permite que la luz de la Expiación disipe el mundo tenebroso de la culpa, el miedo y el ataque del ego.

Este capítulo contiene algunos pasajes importantes sobre el perdón, la expresión de la Unidad del Cielo dentro del sueño. Y así, antes de examinar

el perdón, pasamos al tema de la Unidad en sí misma. Unidad

(I.11: 8) La Voluntad de Dios es que Su Hijo sea uno y que esté unido a Él en Su Unicidad.

Realmente no podemos relacionarnos con el concepto de unidad – “una

Unicidad unida cual Una sola" (T-25.I.7:1) – porque está totalmente más allá de nuestra capacidad de entender; la dualidad no puede entender la no-dualidad. Podemos, sin embargo, entender su reflejo, como en la siguiente declaración:

(II.1: 3-6) El Hijo de Dios incluye tanto al Padre como al Hijo porque es a la vez Padre e Hijo. Unir tener y ser es unir tu voluntad con la Suya, pues lo que Su Voluntad ha dispuesto para ti es Él Mismo. Y tu voluntad es entregarte a Él porque, en tu perfecto entendimiento de Él, sabes que no hay sino una sola Voluntad. Mas cuando atacas a cualquier parte de Dios o de Su Reino tu entendimiento no es perfecto, y, por consiguiente, pierdes lo que realmente quieres.

Como hemos visto anteriormente, tener y ser son uno. Tenemos el amor de

Dios porque somos el Amor de Dios; no puede haber separación o distinción dentro de la Deidad. Unidad literalmente significa uno: un Dios,

un Hijo, una Voluntad. Al reflejar este estado de realidad en la ilusión, aprendemos de Jesús, que los Hijos de Dios tienen el mismo contenido, aunque obviamente son diferentes en la forma. Así la Unidad del Cielo se

refleja aquí como la igualdad del Hijo: la misma mente dividida – un ego

(mente errada), un Espíritu Santo (mente correcta), y un tomador de decisiones. Es por eso que el ego siempre aconseja el juicio y el ataque, ya

que mantienen la experiencia de la similitud inherente del Hijo oculta en el

ofuscado pantano de separación y especialismo.

(V.12: 1-4) Dios depende tanto de ti como tú de Él porque Su Autonomía incluye la tuya, y, por lo tanto, está incompleta sin ella. Sólo

puedes establecer tu autonomía identificándote con Él y llevando a cabo tu función tal como es en verdad. El ego cree que alcanzar su objetivo es la felicidad. Pero te ha sido dado conocer que la función de Dios es la tuya y que la felicidad no se puede encontrar aparte de Vuestra Voluntad conjunta.

Solo en un marco dualista, por supuesto, Dios está "incompleto". Este es otro ejemplo de Jesús reunién-donos en la condición de nuestra existencia dualista, donde sus palabras dualistas reflejan la realidad no-dualista. Su significado es que la autonomía del ego es una ilusión, ya que de lo contrario Dios estaría incompleto. La verdad es que la verdadera autonomía reside en la Unidad perfecta de Dios, que abraza a Su Hijo en la única Voluntad del Cielo. En este sentido solo Dios y Su Hijo son "dependientes" el uno del otro. En efecto, Ellos son el Uno para el Otro, y en Su Voluntad conjunta se encuentra la verdadera alegría, una felicidad que no es del mundo porque es eterna.

(V.13: 1) El ego analiza; el Espíritu Santo acepta. Nuestros egos adoran analizar, buscan entender el mundo, pero todo lo que hacen es darle realidad a la ilusión de la separación. El Espíritu Santo, por otro lado, acepta la verdad de nuestra unidad, enseñándonos a aceptarla también. Mirar el ego con Jesús no significa romper su dinámica, sino reconocer su propósito para que podamos decidir que ya no es aceptable para nosotros. Hemos elegido la Expiación en su lugar. Esta importante declaración también es aplicable a nuestra experiencia en la ilusión, donde en nuestra arrogancia creemos que podemos entender el mundo y que lo que sucede aquí es importante. El Espíritu Santo, más bien, nos enseña a aceptar nuestros guiones a medida que los vivimos, para que podamos aprender que lo esencial es nuestra actitud o reacción a los eventos de la vida, no los eventos en sí. Nuestra elección es el juicio o la visión, el ataque o el perdón, el dolor del cuerpo o la curación de la mente.

En otras palabras, el análisis siempre implica al cuerpo, enraizándonos aún más en el mundo, mientras que la aceptación ocurre en la mente que hizo el mundo, eligiendo no tomarlo en serio al recordar reírnos ante el absurdo pensamiento de que la separación de nuestra Fuente es una realidad (T27.VIII.6).

(V.13: 2-3) Sólo por medio de la aceptación se puede llegar a apreciar la plenitud, pues analizar significa fragmentar o separar. Tratar de entender la totalidad fragmentándola es, claramente, el enfoque típicamente contradictorio que el ego utiliza para todo.

La totalidad no puede entenderse captando diferentes partes de ella. Cuando

perdonamos totalmente una parte de la Filiación, reconocemos que es la totalidad. Para que el proceso del perdón sane verdadera-mente, debemos

abrazar a todos los miembros de la Filiación. No podemos entender al Hijo

de Dios tratando de entender cosas específicas de cualquier miembro específico - lo cual es el enfoque contradictorio del ego - sino solamente

aceptando la totalidad de la Filiación, que se encuentra en cada fragmento

aparente. La percepción de nuestra inherente similitud como mentes es el

peldaño que conduce más allá de la fragmen-tación a la integridad, de la

separación a la totalidad.

(V.13: 4-6) El ego cree que el poder, el entendimiento y la verdad radican en la separación, y que para establecer esta creencia tiene que atacar. Al no darse cuenta de que es imposible establecer esa creencia, y

obsesionado por la convicción de que la separación es la salvación, el ego ataca todo lo que percibe, desmenuzándolo en partes pequeñas y desconectadas, sin ninguna relación significativa entre sí, y desprovistas, por lo tanto, de todo significado. El ego siempre substituirá lo que tiene significado por el caos, pues si la separación es

la salvación, la armonía es una amenaza.
Este es nuestro camino al perdón. El ego, en lugar de aceptar la totalidad de la Filiación, la desmenuza en diferentes partes, analizando las que le gustan y las que no. Estos juicios varían según el momento del día, de la semana, del mes y del año, o a veces de hora en hora o de minuto a minuto, dependiendo de qué necesidades especiales se deban reunir. Como corrección, el Espíritu Santo comprende la totalidad tal como es, y nos enseña a aceptar la innata totalidad de la Filiación al aceptar que la separación nunca sucedió. Aprendemos sobre la locura de creer que las personas difieren en el nivel de contenido; es decir, que algunos merecen odio y venganza, mientras que otros merecen amor y cualquier regalo queelijamos otorgarles. Dividimos el mundo en "nosotros y ellos": los que sirven a nuestros intereses y los que no. Todo esto es otra manera de hablar del principio del ego de uno u otro: la felicidad, la paz y la seguridad se obtienen a expensas de otro. Por lo tanto, la separación es la reina suprema, mientras que la unidad espera pacientemente la decisión de la mente de perdonar.

Perdonar

(III.7: 8) No puedes entrar en la Presencia de Dios con los compañeros siniestros a tu lado, pero tampoco puedes entrar solo.

Recuerda que los "compañeros siniestros" representan el sistema de pensamiento del ego – culpa, juicio, odio, etc. – y con ellos a nuestro lado,

no podemos entrar en la Presencia de Dios. Nosotros "desaparecemos en la

Presencia que se encuentra detrás del velo" (T-19.IV-D.19:1) solo llevando

a nuestros hermanos con nosotros, a quienes estos siniestros compañeros

excluyen deliberadamente. Recuerda que el propósito lo es todo; nuestros

juicios y ataques están diseñados para perpetuar el sueño de la separación y alejar el amor.

(III.7: 9-10) Todos tus hermanos tienen que entrar contigo, ya que hasta que no los hayas aceptado, tú no podrás entrar. Pues no podrás entender lo que es la Plenitud a menos que tu mismo seas pleno, y ninguna parte del Hijo puede ser excluida si su deseo es conocer la Plenitud de su Padre.

Este es un pensamiento ahora familiar, uno de los temas centrales de nuestra

sinfonía de salvación que escuchamos repetidamente a lo largo del texto:

nunca podremos conocer nuestra Identidad como el Hijo de Dios si excluimos alguna parte de Su Unidad. En el loco sistema de creencias del

mundo que se basa en el principio de uno u otro, es posible encontrar felicidad y paz a expensas de otra persona. De hecho, esa es la condición de

la paz en el mundo. Es esencial ver cómo vivimos este especialismo en nuestra vida diaria, donde claramente no experimentamos a todos como

uno. Si bien esto ciertamente no significa que tenemos que estar con todos

al nivel del comportamiento todo el tiempo, en nuestras mentes podemos

aprender las lecciones sobre cómo no excluir, condenar o juzgar: el perdón

que con alegría refleja la integridad del Hijo de Dios.

Esto también significa, para volver al tema del propósito, que debido a que

nuestros egos temen entrar en la Totalidad de Dios, elegimos aferrarnos a

los pensamientos de separación y diferenciación, las diferentes formas de

especialismo, porque estos excluyen no solo a nuestros hermanos sino también a nosotros mismos de la Unidad que deshace el ego. Las relaciones

especiales sirven para preservar nuestro ser especial, protegiéndolo de la

amenaza de la Integridad del Cielo.

Ahora miramos algunos pasajes importantes que comprenden el corazón de

las enseñanzas del Curso sobre el perdón:

(IV.3: 1) Tu paz reside en el hecho de que Su paz es ilimitada.

La paz es ilimitada. No puede ser que ciertas partes de la Filiación sean pacíficas y otras no. Que la paz pueda venir a expensas de otro es una falacia para librar una guerra – pasada, presente y futura – porque en cualquier tipo de conflicto hay ganadores y perdedores. De hecho, el mundo

del ego comenzó con un ganador y un perdedor: el triunfo sobre Dios que lo

obligó a seguir el camino de la guerra para asegurarse la victoria sobre Sus

hijos pecadores. El Amor de Dios y Su Hijo se vio limitado entonces por la

locura del ego de la separación, reflejada en el mundo sombrío de nuestras relaciones.

(IV.3: 2) Limita la paz que compartes con Él, y tu Ser se vuelve necesariamente un extraño para ti.

Dado que nuestro Ser nace literalmente de la paz de la Unidad de Dios, no

puede romperse en pedazos. La paz es íntegra, como lo es Cristo.

Observa

una vez más la inserción implícita aquí del propósito. Dado que queremos

mantener nuestro Ser ilimitado como desconocido para la mente, continuamente nos entre-gamos a las limitadas relaciones del mundo de los

cuerpos, la defensa del ego por excelencia.

(IV.3: 3-4) Todo altar a Dios forma parte de ti porque la luz que Él creó es una con Él. ¿Le negarías a un hermano la luz que posees?

Desafortunadamente, todos lo hacemos, y luego intentamos justificar nuestros ataques apelando a nues-tras caras de inocencia, que aman sufrir

los injustos ataques de otros. Justificamos la exclusión de ciertas personas

de la luz, diciendo que se excluyeron primero en virtud de sus ataques contra nosotros. Jesús quiere que reconozcamos que tales juicios no solo

excluyen a nuestros hermanos, sino también a nosotros mismos, dejando a todos fuera del Reino y en la infernal oscuridad de una existencia individual y separada.

(IV.3: 5) No lo harías si te dices cuenta de que con ello sólo podrías nublar tu propia mente.

Como no hay nadie fuera de nosotros, si excluimos a otros de la luz de Cristo, solo proyectamos nuestra exclusión – la proyección da lugar a la percepción. Lo que vemos afuera es un espejo de lo que vimos por primera

vez adentro, oscuridad o luz. Como nuestro maestro, Jesús nos muestra lo

que estamos haciendo, así que cuando estamos tentados a tener pensamientos de juicio, por pequeños que parezcan, nos detendríamos y

nos preguntaríamos: "¿Me acusaría a mí mismo de esto? (L-pl.134.9:3).

Nuestro hermano está enseñando que queremos ser excluidos de la luz porque tememos abandonar la oscuridad de la individualidad y hábilmente

queremos que alguien más pague el precio de nuestro pecado. En consecuencia, hacemos un mundo en el que hay bien y mal, inocencia y

culpa. Los primeros (nuestros seres especiales) son recompensados, mientras que los segundos (nuestros enemigos especiales) son castigados

con la exclusión de la luz de la libertad, la verdadera fe o cualquier ideal

con el que nos identifiquemos. Nuestras percepciones siguen siendo un subterfugio sutil, cuyo propósito es mantener ocultas las elecciones de nuestra mente y protegidas de la corrección del perdón del Espíritu Santo.

(IV.3: 6-7) En la medida en que lo traes de regreso, regresas también tú.

Ésa es la ley de Dios para la protección de la plenitud de Su Hijo. Nuestras mentes se curan cuando dejamos que el milagro de los intereses

compartidos se extienda a través de nosotros a todos nuestros hermanos.

Entonces volvemos juntos, ya que la amorosa ley de la Unidad de Dios se

refleja en nuestros felices sueños de perdón y paz.

(IV.4: 1) Sólo tú puedes privarte a ti mismo de algo.

Esta verdad fundamental, un tema que hemos escuchado repetidamente en

nuestra sinfonía, deshace la proyección. Tú no puedes privarme de la paz de

Dios; solo la elección equivocada de mi mente por el ego puede hacer esto.

Esta percepción corregida devuelve el problema de la culpa a la mente y es

la esencia del perdón.

(IV.4: 2-3) No resistas este hecho, pues es en verdad el comienzo de la iluminación. Recuerda también que la negación de este simple hecho adopta muchas formas, y que debes aprender a reconocerlas y a oponerte a ellas sin excepción y con firmeza.

Esta es otra referencia al tema central de mirar. La simple verdad de la salvación es que sólo nosotros podemos privarnos a nosotros mismos de

algo. Necesitamos observar las muchas formas sutiles en que negamos esta

verdad al tratar de excluir partes de la luz, a diferentes miembros de la Filiación, y luego culparlos por nuestro sentimiento de privación de ella.

Estas defensas deben verse por lo que son, ya que el no mirar, es cómo el

ego mantiene su sistema de pensamiento. Es por eso que nos sentimos tan

ligados a las relaciones especiales del cuerpo que nos distraen de la mente.

Además, debemos estar especialmente atentos a cómo excluir ciertos pensamientos de especialismo de nuestra práctica diaria, lo que nos ayuda a

ver por qué el tema de no hacer excepciones es tan crucial para el tapiz

sinfónico de perdón de Jesús.

(IV.4: 4-6) Este es un paso crucial en el proceso de re-despertar. Las fases iniciales de esta inversión son con frecuencia bastante dolorosas,

pues al dejar de echarle la culpa a lo que se encuentra afuera, existe una marcada tendencia a albergarla adentro. Al principio es difícil darse cuenta de que esto es exactamente lo mismo, pues no hay diferencia entre lo que se encuentra adentro y lo que se encuentra afuera.

Por lo general, cuando comenzamos a entender que el enemigo no está afuera y que nuestra culpa no se encuentra en otro, experimentamos terror:

"Este momento puede ser terrible" (L-pl.170.8:1). Fabricamos el mundo junto con nuestros enemigos para que podamos evitar mirar la dolorosa y

aterradora culpa de la mente. Entonces nos damos cuenta de que los otros

no son el enemigo – de hecho, no hay enemigos porque nadie nos ha hecho

nada – y que somos la única fuente de nuestra incomodidad, miseria y dolor. En este punto se convierte en una tentación el volver a los brazos

reconfortantes de los compañeros siniestros – pecado, culpa, miedo, odio y

muerte. Pero la verdad por dentro y por fuera es la misma, como comienza

uno de los poemas de Helen: "Que la paz te cobije, dentro y fuera por igual

... "[1] También es cierto que la culpa nos cobija, dentro y fuera por igual,

porque lo que sea que esté dentro, la culpa o el amor, lo percibiremos afuera

y lo experimentaremos allí: la proyección da lugar a la percepción.

(IV.5: 1) Si tus hermanos forman parte de ti y los culpas por tu privación, te estás culpando a ti mismo.

De nuevo, no hay nadie ahí afuera. Esto explica por qué la metafísica de Un

Curso de Milagros es tan importante de entender. Literalmente inventamos

el mundo y nuestro lugar victimizado en él para que podamos encontrar a

los malvados y malhechores afuera. El ego nos convence de que la "morada

del mal, de las tinieblas y del pecado" (L-pl.93.1:1) no somos nosotros, sino otro. Sin embargo, debido a que las ideas no abandonan su fuente, lo que separamos y proyectamos fuera como Hijos de Dios aparentemente separados permanece dentro de la mente. Esto significa que nuestras acusaciones de otros solo pueden ser aspectos de auto-culpa, que permanece sin resolver mientras persistamos en creer la mentira fundamental del ego: que las ideas sí abandonan su fuente.

(IV.5: 2-3) Y no puedes culparte a ti mismo sin culparlos a ellos. Por eso es por lo que la culpa tiene que ser des-hecha, no verse en otra parte. La culpa se elimina cuando traemos nuestra culpa de vuelta y la miramos.

Ya no la vemos afuera ni intentamos deshacerla derrotando al enemigo. El malvado somos nosotros, no otros, sin importar lo que hayan hecho. Sabemos que somos malvados porque estamos aquí. Solo aquellos que se sienten culpables del pecado más atroz imaginable, estarían en el mundo.

La gran tentación, sin embargo, es negar la culpa de la mente, cubiertos por la vestimenta de la justicia y la inocencia, y ver al enemigo en el mundo.

Recuerda, dentro y fuera por igual: como el perdón perdona a otros por lo que creemos que hemos hecho, eliminar la culpa de ellos nos permite finalmente eliminarla de nosotros mismos.

(IV.5: 4-6) Échate a ti mismo la culpa y no te podrás conocer, pues sólo el ego culpa. Culparse uno a sí mismo es, por lo tanto, identificarse con el ego, y es una de sus defensas tal como culpar a los demás lo es. No puedes llegar a estar en Presencia de Dios si atacas a Su Hijo. No es suficiente para nosotros decirle a otro: "Estás libre de culpa". Necesitamos incluirnos a nosotros también. Cuando eliminamos la culpa del exterior y la colocamos dentro, también debemos darnos cuenta de que toda culpa, fuera y dentro, es igualmente injustificada e irreal. Cuando

realmente entendemos esto, la locura del ego y de su mundo se manifiesta, pero también se manifiesta su sistema de pensamiento de pecado, culpa y miedo al castigo, el cual lógicamente "prueba" la realidad de la separación. No queremos entrar en la Presencia de Dios porque no existimos allí, y el ataque garantiza nuestra seguridad en esta inexistencia: "No puedes llegar a estar en Presencia de Dios si atacas a Su Hijo". Primero atacamos a Dios, el problema de autoridad, y luego culpamos del ataque a los demás, proclamándole a nuestro Creador: "¡No soy el pecador, sino que es a ellos a los que debes destruir y condenar al infierno! Todos tenemos largas listas de los que merecen tal castigo. (IV.5: 7-8) Cuando Su Hijo alce su voz en alabanza de su Creador, oír la Voz que habla por su Padre. Mas el Creador no puede ser alabado sin Su Hijo, pues Ambos comparten la gloria y a Ambos se les glorifica juntos. Nuevamente, el Hijo de Dios es uno: completo e integrado, no dividido y separado. La gloria del Cielo siempre es la perfecta Unidad de Dios y Cristo, la cual se niega cuando atacamos a otros y nos juzgamos a nosotros mismos. (IV.6: 1-2) Cristo está en el altar de Dios, esperando para darle la bienvenida al Hijo de Dios. Pero ven sin ninguna condenación, pues, de lo contrario, creerás que la puerta está atrancada y que no puedes entrar. "Ven sin ninguna condenación ..." Las palabras "sin ninguna" son la razón por la cual este curso es tan problemático. Debemos perdonar sin excepción. También podemos ver por qué es absurdo pedirle al Espíritu Santo plazas de estacionamiento o que sane cuerpos. En lo que necesitamos ayuda es en liberar nuestras mentes de su condenación. Los problemas o

síntomas físicos no nos mantendrán alejados del Reino, sino que la condena y el juicio de la mente nos alejará.

"Cristo está en el altar de Dios, esperando para darle la bienvenida al Hijo de Dios. Pero ven sin ninguna condenación, pues, de lo contrario, crearás que la puerta está atrancada y que no puedes entrar". Por eso condenamos y luego creemos que la puerta está atrancada para nosotros, proyectando la responsabilidad del ataque diciendo: "No puedo entrar al Cielo porque la gente pecadora convenció a Dios de atrancar la puerta; pero no es mi culpa". Aunque para el ego el Hijo de Dios debe ser percibido como fragmentado tanto en el pecador como en el libre de pecado, esta percepción errónea no puede cambiar el hecho de que sigue siendo uno con su Fuente. En otras palabras, Cristo espera nuestro regreso desde el "viaje sin distancia" hasta el hogar que nunca abandonamos.

(IV.6: 3-7) La puerta no está atrancada, y es imposible que no puedas entrar allí donde Dios quiere que estés. Pero ámate a ti mismo con el Amor de Cristo, pues así es como te ama tu Padre. Puedes negarte a entrar, pero no puedes atrancar la puerta que Cristo mantiene abierta. Ven a mí que la mantengo abierta para ti, pues mientras yo viva no podrá cerrarse, y yo viviré eternamente. Dios es mi vida y la tuya, y Él no le niega nada Su Hijo.

Este pasaje maravillosamente inspirador nos ayuda a entender por qué tenemos tantas dificultades con Jesús. La suya es la presencia en la mente del Amor de Cristo, el cual no excluye a nadie. Para realmente decir que nosotros lo amamos, tomar su mano y volver a casa, debemos llevar a todos con nosotros. Como él mantiene la puerta abierta y nos llama a cruzarla con él, el Cielo no está prohibido para nosotros. Sin embargo, nunca entraremos siempre y cuando juzguemos a una sola persona. Así, Jesús y su curso

disuelven el ego y su sistema de pensamiento de especialismo y odio.
(V.17: 1-2) ¿Te gustaría recordar al Padre? Acepta a Su Hijo y lo recordarás.

Si queremos recordar a Dios y a nuestro Ser, no debemos analizar la Filiación en términos de buenos y malos, ni buscar entender a las personas y sus motivaciones. Más bien, debemos aceptar al Hijo por lo que es – tanto en lo loco como en lo santo, al igual que nosotros, porque somos iguales en la tierra y en el Cielo.

(V.17: 3-4) No hay nada que pueda demostrar que Su Hijo es indigno, pues no hay nada que pueda probar que una mentira es verdad. Lo que

ves en Su Hijo a través de los ojos del ego es una demostración de que

Su Hijo no existe. Sin embargo, dondequiera que el Hijo esté, allí tiene que estar el Padre.

El sistema de pensamiento del ego es claramente falso; el Hijo y el Padre

nunca se podrán estar separados o apartados. Como este principio de Expiación niega las afirmaciones contrarias del ego, las mentiras del ego no

necesitan ser combatidas. Simplemente las llevamos a la verdad dentro de

nuestras mentes, para ser aceptadas como falsas y llevadas más allá de la

santa luz de la Expiación.

(V.17: 5-8) Acepta lo que Dios no niega, y ello te demostrará su verdad.

Los testigos de Dios se alzan en Su luz y contemplan lo que Él creó. Su silencio es la señal de que han contemplado al Hijo de Dios, y en la Presencia de Cristo no tienen que demostrar nada, pues Cristo les habla de Si Mismo y de Su Padre. Guardan silencio porque Cristo les habla, y son Sus palabras las que brotan de sus labios.

Las mentiras del ego se ven por lo que son en el simple reconocimiento de

que la verdad es verdad. Nada más necesita hacerse, porque las ilusiones

son simplemente reconocidas por su nada inherente. Recordemos esto del

libro de ejercicios: "El perdón ... es tranquilo y sosegado, y no hace nada. ...

Simple-mente observa, espera, y no juzga" (L-pll.1.4:1,3). En silencio, después de calmar los gritos estridentes del ego, rechazamos las percepciones de separación y ataque del ego, aceptando en cambio la verdad de nuestra unidad: en la realidad como la Mente Uno; y en la ilusión

como una mente dividida. Y desde el gentil silencio del Amor de Cristo, decimos Sus amorosas palabras de bondad hacia nosotros mismos y hacia

los demás, porque el Hijo de Dios es uno.

(V.18: 1-3) Cada hermano con quien te encuentras se convierte en un testigo de Cristo o del ego, dependiendo de lo que percibas en él. Todo el mundo te convence de lo que quieres percibir y de la realidad del reino en favor del cual has decidido mantenerte alerta. Todo lo que percibes da testimonio del sistema de pensamiento que quieres que sea

verdadero.

La proyección da lugar a la percepción. Lo que percibimos en los demás es

una imagen externa de la decisión de la mente de estar a favor de la separación del ego o de la unidad del Espíritu Santo. La conde-nación o la

salvación nunca podrán encontrarse, ya que son pensamientos en la mente.

Percibirlos afuera no hace que estén allí, sino que una vez que hemos proyectado nuestros pensamientos, usamos el mundo para dar testimonio de

la ilusión de separación, pérdida y muerte, o para reconocer que debe haber

otra manera, cambiando nuestra percepción hacia el ver los testigos de

Cristo: nuestros hermanos que expresan Su Amor o lo piden.

(V.18: 4) Cada uno de tus hermanos tiene el poder de liberarte, si tú decides ser libre.

No hace falta decir que, en este punto, esto no tiene nada que ver con el

comportamiento de otros, quienes tienen el poder de liberarnos simplemente por la decisión que tomamos. Conoceremos la decisión de

nuestra mente, por el ego o el Espíritu Santo, si perdonamos o no
nuestras
relaciones especiales de amor y odio: ver la oscuridad de culpa que
nos
aprisiona, o mirar más allá hacia la luz que nos libera a todos.
(V.18: 5-7) No puedes aceptar falsos testimonios acerca de un hermano
a menos que hayas convocado falsos testigos contra él. Si no te habla
de Cristo, es que tú no le hablaste de Cristo a él. No oyes más que tu
propia voz, y si Cristo habla a través de ti le oirás.
Si acusamos a otros de no ser como Cristo para con nosotros – no ser
amorosos, sensibles o comprensivos – es solo porque no éramos como
Cristo para con ellos, aunque solo fuera en nuestros pensamientos
poco
amables. No importa cuán odiosas puedan ser las personas, las
experimentamos de esa manera porque primero las odiábamos; de lo
contrario no podríamos juzgarlas. Nunca se puede decir con demasiada
frecuencia que la percepción es interpretación, no un hecho objetivo.
No
hay hechos objetivos en el mundo de la ilusión. Independientemente
del
comportamiento de los demás, nuestras acusaciones de un
comportamiento
no-similar a Cristo vienen sólo porque nosotros éramos así, si no en
nuestras acciones, lo éramos ciertamente en nuestras mentes. La
culpa por
nuestro pecado percibido de retener el amor exige que lo
proyectemos,
juzgando a los demás por lo que secretamente creemos que hemos
hecho. A
pesar de la crueldad del mundo, si elegimos al Espíritu Santo como
nuestro
Maestro, el comportamiento será percibido como una expresión de
miedo y,
por lo tanto, como un llamado al amor. La decisión de la mente por sí
sola
es la determinante de las percepciones de mentalidad-errada o
correcta: la
proyección da lugar a la percepción.
Una vez más, aquí radica la dificultad para practicar Un Curso de
Milagros:

no hay excepciones para este principio del perdón. La aceptación de este

feliz hecho de salvación marca el final de todas las guerras, en la mente y

en el mundo, las cuales finalmente se originan en el problema de autoridad.

Necesitamos aceptar la completa responsabilidad por todo lo que percibimos y por todo a lo que reaccionamos. Una vez más: la percepción

es interpretación.

Jesús nos pregunta:

(VIII.8) Hermosa criatura de Dios, estás pidiendo solamente lo que te prometí. ¿Crees que yo te iba a engañar? El Reino de los Cielos está dentro de ti. Ten fe en que la verdad está en mí porque yo sé que está en

ti. Los Hijos de Dios no tienen nada que no compartan. Pídele la verdad a cualquier Hijo de Dios, y me la habrás pedido a mí. Cada uno de nosotros tiene dentro de sí la respuesta para poder dársela a cualquiera

que la pida.

Como el Hijo de Dios es uno y nuestras mentes están unidas en esa unidad,

cada una tiene lo que todos tienen: el principio de Expiación que nos recuerda que ambos tenemos y somos el Reino. Como esta luz de verdad

brilla por igual en todos nosotros – en Jesús, en ti, en mí y en todos – verla

en una persona significa que la vemos en todas. De esta manera, el perdón

sana la separación y nos despierta a la verdad de nuestra unidad como Cristo.

(VIII.9: 1-3) Pídele cualquier cosa al Hijo de Dios y su Padre te lo concederá, pues Cristo no se engaña con respecto a Su Padre, ni Su Padre se engaña con respecto a Cristo. No te engañes, pues, con respecto a tu hermano, y considera sus pensamientos amorosos como lo

único que constituye su realidad, pues al negar que su mente esté dividida sanarás la tuya. Acéptalo como su Padre lo acepta y cúrale en Cristo, pues Cristo es su curación así como la tuya.

Esto reitera lo que acabamos de decir. Ver a Cristo en otro significa que lo
hemos visto en nosotros mismos, curando así la creencia en intereses
separados. ¿Cómo puede ser diferente lo que es igual, o que la unidad se
separe? Podemos temer la realidad de nuestra unidad en el Cielo,
porque
esta deshace por completo nuestro yo individual y especial, pero
podemos
acercarnos gentilmente a ese recuerdo, ya que como Dios no puede
ser
engañado por las mentiras de separación del ego, nosotros tampoco
deberíamos serlo. Este tema de la unidad de la Filiación es tan
importante
que Jesús lo repite:

(VIII.11) No aceptes la percepción variable que tu hermano tiene de sí mismo, pues su mente dividida es la tuya, y no aceptarás tu propia curación sin la suya. Compartís el mundo real de la misma manera en que compartís el Cielo, y la curación de tu hermano es tu curación. Amarte a ti mismo es curarte a ti mismo, y no puedes percibir una parte de ti mismo enferma y lograr tu objetivo. Hermano mío, sanamos juntos al vivir juntos y al amar juntos. No te engañes con respecto al Hijo de Dios, pues él es uno consigo mismo y uno con su Padre. Ama a aquel a quien su Padre ama, y te darás cuenta del Amor que tu Padre te profesa.

Es uno de los errores trágicos de las religiones que el perdón y la curación
hayan sido tan malinterpretados y mal aplicados. Como dice El Canto de la
Oración: “Ningún regalo del Cielo ha sido tan malinterpretado como el perdón. De hecho, se ha convertido en una calamidad; en una maldición allí
donde debía bendecir, en una cruel burla de la gracia, en una parodia de la
santa paz de Dios” (S-2.I.1:1-2). Si el perdón y la curación no abrazan a todas las personas sin excepción, refuerzan el plan de separación y ausencia
de mente del ego – nuestra separación. Necesitamos aprender que,
aunque

los cuerpos y el comportamiento pueden diferir notablemente el uno del otro, nuestra mente conjunta es una: ego, Espíritu Santo, y tomador de decisiones. Al identificarnos con la visión de Jesús, aprendemos a mirar más allá de las diferencias externas a la unidad de la mente que es nuestro ser. Este es el requisito previo para ingresar al mundo real, que discutiremos al final de este capítulo.

A medida que practicamos el perdón día a día, lentamente nos despertamos del sueño de pesadilla del ego, el cual comenzamos con la creencia de que atacamos a Dios, y rápidamente evolucionamos para creer que Dios nos atacaría. Eso alcanzó su consumación final en un mundo en el que creemos que no hay un Dios colérico que nos ataca en nuestro interior, sino Uno Que persigue a todos y a todo lo que está fuera de nosotros. A medida que comenzamos a entender que nosotros somos los que hicimos el primer ataque, un ataque que nunca sucedió en realidad, nuestros ojos se abrirán a esta verdad. La finalización del proceso de despertar es lo que el Curso llama resurrección.

Resurrección

En Un Curso de Milagros, la resurrección no tiene nada que ver con la resurrección física de Jesús como fue representada en las historias bíblicas.

Desde la perspectiva del Curso, la resurrección física no tiene sentido, ya

que el cuerpo es literalmente nada; no muere porque no vive. La resurrección se refiere únicamente al despertar de la mente del sueño de la

muerte – la verdadera resurrección de Jesús, como un día lo será para todos

nosotros. Además, nadie puede saber qué pasó con el cuerpo de Jesús, ya

que la Biblia es notoriamente poco confiable como testigo. Sus escritores

simplemente expresaron sus propias interpretaciones, basadas en una comprensión muy limitada que estaba circunscrita por su creencia en la

realidad pecaminosa del cuerpo. Uno mismo puede ser un punto de referencia válido cuando vemos obras de arte. Sin embargo, no es válido

cuando vemos algo que pretende ser cierto históricamente, sin mencionar

cierto teológicamente. Así Jesús nos enseña:

(VI.4: 1-5) Yo soy tu resurrección y tu vida. Vives en mí porque vives en Dios. Y todos tus hermanos viven en ti, tal como tu vives en cada uno de

ellos. ¿Cómo ibas a poder, entonces, percibir indignidad en un hermano

sin percibirla en ti mismo? ¿Y cómo ibas a poder percibirla en ti mismo sin percibirla en Dios?

La declaración del evangelio es "Yo soy la resurrección y la vida" (Juan 11:25a), pero aquí Jesús nos dice: "Yo soy tu resurrección y tu vida". Él cambia el enfoque de sí mismo a nosotros, reflejando nuestra unidad intrínseca. Su despertar del sueño de la muerte demostró que no hay sueño,

lo que significa que nosotros simplemente necesitamos aceptar lo que ya

hemos aceptado, ya que su mente curada es la nuestra. De nuevo, no conoceremos la curación de la mente si buscamos excluir a alguien de su

perdón. La honestidad que Jesús nos pide que compartamos con él y con

nosotros mismos (T-4.III.8:1-2) se expresa en la voluntad de entender la

naturaleza intencional de nuestra falta de perdón; a saber, el deseo de excluirnos a nosotros mismos del Reino, preservando el sueño del durmiente ser del ego.

(VI.4: 6-9) Cree en la resurrección porque ésta ya se ha consumado, y se ha consumado en ti. Esto es tan cierto ahora como lo será siempre, pues la resurrección es la Voluntad de Dios, Quien no sabe de tiempo ni

de excepciones. Pero no hagas excepciones, o, de lo contrario, no percibirás lo que se ha consumado para ti. Pues ascendemos hasta el Padre juntos, como fue en un principio, como es ahora y como será

siempre, pues ésa es la naturaleza del Hijo de Dios tal como su Padre lo creó.

La resurrección no es un evento en el tiempo, como no lo es la crucifixión.

En Un Curso de Milagros, ambos se refieren a la decisión de la mente por el

Espíritu Santo o por el ego. La persona que la historia registra como Jesús

simboliza la aceptación de la Expiación por parte del tomador de decisiones. Esta decisión se tomó fuera del tiempo y cuando "él" la aceptó,

fue aceptada por toda la Filiación que es una con él, por eso nos elevamos

con él cuando él lo hizo (C-6.5:5). Todos nos elevamos en la resurrección,

y, por lo tanto, el sueño ya ha terminado. Jesús nos pide no excluir a nadie

de su presencia curativa en nuestras mentes; de lo contrario, excluimos la

Filiación, incluyéndolo a él y a nosotros mismos. Nos elevamos juntos al

Dios que nunca abandonamos, o ninguno de nosotros lo hará. Es decir, así

es la ley de la Unidad viviente de Dios tal como se refleja en el mundo. Jesús ahora vuelve al poder de la mente para elegir entre él y el ego:

(VI.5: 1-3) No subestimes el poder de la devoción del Hijo de Dios, ni el poder que el dios al que venera ejerce sobre él, pues el Hijo de Dios se postra ante el altar de su dios, tanto si es el dios que el inventó como si

es el Dios que lo creó a él. Por eso es por lo que su esclavitud es tan total

como su libertad.

A lo largo de su sinfonía, Jesús regresa a este tema crucial y nos insta a no

subestimar la importancia del poder de la mente para elegir. Contiene el

núcleo de nuestra condenación o salvación, esclavitud o libertad. El dios en

el que elegimos poner nuestra fe es el dios en quien creemos, y lo

seguiremos obedientemente con gran devoción. Este tema auxiliar se repetirá una y otra vez en nuestro viaje.

(VI.5: 4-8) El dios de la crucifixión exige que él crucifique, y sus devotos le obedecen. Se crucifican a sí mismos en su nombre, creyendo

que el poder del Hijo de Dios emana del sacrificio y del dolor. El Dios de la resurrección no exige nada, pues no es Su Voluntad quitarte nada.

No exige obediencia, pues la obediencia implica sumisión. Lo único que quiere es que te des cuenta de cuál es tu voluntad y que la hagas, no con

un espíritu de sacrificio y sumisión, sino con la alegría de la libertad.

El dios del ego es severo y punitivo, exigente e implacable. El sufrimiento y

el dolor de la crucifixión es su objetivo para todos los Hijos de Dios, y la culpa y el miedo son sus sirvientes. Por otro lado, el Dios de la resurrección, el Espíritu Santo, es gentil, y solo nos pide nuestra "pequeña

dosis de buena voluntad" para elegirlo, no por obediencia sino porque creemos en la misericordia en lugar de en la crueldad. Este Dios benéfico

nos atrae hacia el amor, no hacia el pecado que es la influencia motivadora

del extraño dios de la crucifixión, para quien el poder proviene de la dominación y la destrucción. Para el Dios de la resurrección de Jesús, el poder se refleja en la bondad que abraza a todas las personas, terminando

con nuestra separación y con la creencia de que el sufrimiento y el sacrificio

son la salvación.

(VI.6: 1-4) La resurrección no puede sino atraerte irresistiblemente a que le ofrezcas tu lealtad con agrado porque es el símbolo de la dicha.

Su irresistible poder reside en el hecho de que representa lo que tú quieres ser. La libertad de abandonar todo aquello que te hiere, te humilla y te atemoriza no se te puede imponer, pero se te puede ofrecer

a través de la gracia de Dios. Y tú puedes aceptarla mediante Su gracia,

pues Dios es misericordioso con Su Hijo y lo acepta sin reservas como Suyo.

La gracia de Dios es "el atributo del Amor de Dios que más se asemeja al estado que prevalece en la unidad de la verdad" (L-pl.169.1:1) y es la base de nuestras mentes correctas. Es un faro de luz que brilla en la oscuridad de la culpa y el terror de la mente, llamándonos gentilmente a estar seguros y en paz por fin. Nosotros voluntariamente vamos hacia él cuando reconocemos lo que significa que no podemos hacer daño, como nos había indicado el ego, sino que somos el hogar de la alegría y el amor. Al darnos cuenta de que Dios es misericordioso y que no es vengativo con nosotros, aceptamos con gusto la verdad de Su gracia y elegimos abrir los ojos a la resurrección de Quienes somos, el verdadero Ser de Dios.

(VI.6: 5-7) ¿Quién es, entonces, tuyo? El Padre te ha dado todo lo que es Suyo, y Él Mismo es tuyo junto con todos tus hermanos. Protégelos en su resurrección, pues, de lo contrario, no despertarás en Dios, rodeado de la seguridad de lo que es tuyo para siempre.

En el mundo de la ilusión, los tuyos son nuestros hermanos, a quienes deseamos despertar junto con nosotros, sin dejar a nadie fuera de lo que el

Capítulo 14 llama "El círculo de la Expiación" (T-14.V). De hecho, no podemos despertar a menos que en nuestras mentes llevemos a todos con

nosotros. En el Cielo, lo tuyo, son nuestras creaciones, las cuales nos rodean para siempre con el amor que las creó a ellas y a nosotros - una creación, un Ser.

(VI.7: 1) No hallarás paz hasta que hayas extraído los clavos de las manos del Hijo de Dios y hayas sacado la última espina de su frente. Los clavos y las espinas son símbolos de la historia bíblica de las terribles

horas finales de Jesús. En Un Curso de Milagros, la crucifixión es un término para el sistema de pensamiento del ego de sacrificio, ataque y muerte, simbolizando el sufrimiento que nos infligimos unos a otros y a

nosotros mismos. Jesús nos está ayudando a darnos cuenta de que nosotros no encontraremos paz hasta que hayamos eliminado todos los pensamientos de ataque que hemos proyectado sobre los cuerpos, los nuestros y los de nuestros hermanos, porque estos refuerzan la culpa de la mente que es la causa de nuestro dolor.

(VI.7: 2) El Amor de Dios rodea a Su Hijo, a quien el dios de la crucifixión condena.

En el Capítulo 10, Jesús habló sobre el dios de la enfermedad. El dios de la crucifixión es, por supuesto, el mismo dios, representando el odio del ego.

Y, sin embargo, ¿qué efecto puede tener este dios cuando nuestro Creador nos abraza con Su Amor todo-abarcador, el cual nos asegura que la separación no puede cambiar la unidad y el odio no puede entrometerse en nuestra paz?

(VI.7: 3-4) No enseñes que mi muerte fue en vano. Enseña, más bien, que no morí, demostrando que vivo en ti.

Jesús nos dice: "Si realmente quieres ser mi discípulo, aprende de mí y enseña al mundo la resurrección que te estoy enseñando. Esto lo haces, no

con palabras o hechos, sino demostrando su amor, porque este es la prueba

de que vivo en ti y que la resurrección es un hecho: el Hijo de Dios ha despertado del sueño de la muerte". Jesús está diciendo lo que nos ha estado

diciendo todo el tiempo. Cuando elegimos el instante santo, demostramos a

otros que tal elección es posible; ya que, al nosotros haberla hecho, ellos

también pueden hacerla.

En efecto, Jesús continuaría: "No me digas que me amas; demuestra tu amor por mí identificándote con el sistema de pensamiento del amor que te

estoy enseñando. Tráeme tus pensamientos condenatorios de crucifixión, los clavos que buscas clavar en el cuerpo de otro, y déjame mirarlos contigo. Voy a ayudarte a verlos por lo que son: proyecciones de lo que creemos haber hecho, pero que nunca sucedió en la realidad. Mi niño, el sueño de la muerte ha terminado y tus ojos resucitados se abren alegremente para ver la verdad".

(VI.7: 5-7) Pues poner fin a la crucifixión del Hijo de Dios es la tarea de la redención, en la cual todo el mundo juega un papel igualmente importante. Dios no juzga a Su inocente Hijo. Habiéndose dado a Sí Mismo a él, ¿cómo iba a poder juzgarlo?

Vuelve el tema de la unidad/igualdad, la clave para entender el significado

de la resurrección. Todos tenemos una parte igual en el proceso del despertar (Expiación), no solo Jesús. Este es el significado de Dios no juzga

a Su Hijo. Al no haber separación, no hay pecado. El Hijo de Dios es para

siempre uno – la Idea del Hijo de Dios no ha abandonado Su Fuente.

(VI.8: 1-3) Te has crucificado a ti mismo y te has puesto una corona de espinas sobre la cabeza. Aun así, no puedes crucificar al Hijo de Dios, pues la Voluntad de Dios no puede morir. Su Hijo ha sido redimido de su propia crucifixión, y tú no puedes condenar a muerte a quien Dios ha dado vida eterna.

Solo en nuestros febriles sueños de crucifixión podría haber sucedido lo

imposible y el Hijo de Dios ser crucificado, los pensamientos locos a los que se les dio "vida" en el mito bíblico. Sin embargo, los sueños no pueden

cambiar la realidad, ni establecerla. Somos redimidos al aceptar la simple

verdad de la Expiación: lo que Dios ha creado eterno e inmutable permanece eterno e inmutable. El amor y la unidad son la realidad; la crucifixión y la separación son ilusión.

(VI.8: 4-8) El sueño de la crucifixión aún descansa pesadamente sobre tus ojos, pero lo que ves en sueños no es la realidad. Mientras sigas percibiendo al Hijo de Dios como crucificado, es que estás dormido. Y mientras creas que puedes crucificarle, estarás simplemente teniendo pesadillas. Tú que estás comenzando a despertar, todavía eres

consciente de tus sueños y aún no los has olvidado. Te olvidarás de ellos

y cobrarás consciencia de Cristo cuando otros despierten para compartir contigo tu redención.

Tenemos dos sueños: la pesadilla de la crucifixión del ego, en la que defendemos la ley sagrada del dios del ego de uno u otro (otro sufre para

que yo pueda vivir); y el sueño feliz del Espíritu Santo de resurrección, basada en juntos, o no en absoluto, que suavemente nos despierta del sueño

del ataque y la muerte. Nuestros ojos se abren cuando vemos el viaje de los

Hijos de Dios a casa como uno solo, y olvidamos con alegría la pesadilla

que nunca fue.

(VI.9) Despertarás a tu propia llamada, pues la Llamada a despertar se encuentra dentro de ti. Si vivo en ti, tú estás despierto. No obstante, tienes que ver las obras que llevo a cabo a través de ti, o, de lo contrario, no percibirás que las he llevado a cabo en ti. No pongas límites a lo que crees que puedo hacer a través de ti, o no aceptarás lo que puedo hacer por ti. Esto, no obstante, ya ha tenido lugar, y a menos

que des todo lo que has recibido, no sabrás que tu redentor vive y que has despertado con él. La redención se reconoce únicamente compartiéndola.

Al elegir nuestras mentes correctas, nos damos cuenta de que el amor de

Jesús está ahí como respuesta a nuestro pedido de ayuda. Al final, reconoceremos que es nuestro amor, porque el Hijo de Dios es uno. Sin embargo, mientras creamos en nuestra identidad separada, es esencial que

veamos a Jesús como separado de nuestros egos y extendamos el perdón a

través de nosotros. Sabremos que es su amor porque su ausencia de límites

abarca a todas las personas, un amor que nunca abandonó su fuente en

nuestras mentes. La frase "sabrás que tu redentor vive" está tomada de la

línea en Job (19:25), inmortalizado en la hermosa aria soprano del Mesías de Handel.

(VI.10: 1-2) El Hijo de Dios está a salvo. Lleva únicamente esta conciencia a la Filiación, y tu papel en la redención será tan importante como el mío.

Llevamos a la Filiación la conciencia de que "el Hijo de Dios está a salvo"

al aceptar la Expiación para nosotros mismos, no por algo que hagamos

externamente. Aceptamos la salvación de nuestra culpa, porque nunca podremos ser redimidos en la ilusión, sino solo de la creencia de la mente

en la ilusión. Cumpliendo nuestra función en la Expiación – perdonar al mundo por lo que no nos ha hecho; es decir, eliminar nuestras proyecciones

de la culpa de los demás – es tan importante como la función de Jesús, ya

que el Hijo de Dios es uno. Como no puede haber una jerarquía de ilusiones, no puede haber jerarquía de funciones en la salvación.

(VI.10: 3-9) Pues tu papel tiene que ser como el mío si lo aprendes de mí. Si crees que el tuyo está limitado, no haces sino limitar el mío. No hay grados de dificultad en los milagros porque todos los Hijos de Dios tienen el mismo valor, y su igualdad es su unicidad. Todo el poder de Dios reside en ca-da una de sus partes por igual, y nada que contradiga

Su Voluntad es grande o pequeño. Lo que no existe no tiene tamaño ni medida. Para Dios todo es posible. Y a Cristo le es dado ser como el Padre.

No hay grados de dificultad en los milagros, es otra forma de decir que cada

problema es el mismo, porque todos los problemas son igualmente nada. Su

contrapartida es que la Filiación está totalmente unida; no hay una jerarquía

de Hijos. Jesús no puede ser diferente de nosotros, ni su mente puede ser

más poderosa que la nuestra. Simplemente eligió usar ese poder para identificarse totalmente con su mente correcta, y ahora nos ayuda a hacerlo

igual que él. Cuando finalmente elegimos despertar del sueño y aceptar la

Expiación, sabiendo desde nuestro interior que la separación de nuestra

Fuente era una ilusión, hemos entrado en el sistema de pensamiento ilimitado del mundo real, el penúltimo paso antes de nuestro despertar a la realidad.

El mundo real

Este es el primer lugar en Un Curso de Milagros donde el mundo real se

presenta como un tema importante, el punto principal es el contraste entre el

mundo real (el perdón completo de la mente) y el mundo material que se

fabricó como un acto de agresión contra Dios (L-pII.3.2:1). Como Jesús explicará, aunque el término en sí es contradictorio porque el mundo no es

real (T-26.III.3), refleja la realidad del Cielo. Del mismo modo, las relaciones aquí nunca son santas – solo Dios es santo – pero la relación santa, el perdón de la separación que nos mantiene en desacuerdo, se convierte en un reflejo de la santidad del Cielo y la unidad del Hijo de Dios.

Así, el mundo real sigue siendo una ilusión, pero es el final de las ilusiones

en las que nuestras mentes saben con certeza que todo aquí es un sueño, el

cual es una defensa contra la Unidad del Cielo. En ese punto, estamos fuera

del sueño. Permanecemos en este bendito estado por un instante, cuando

Dios, metafóricamente hablando, rápidamente se inclina y nos eleva hacia

Sí Mismo (T-17.II.4:4-5; ver también T-11.VIII.15:5).

(VII.1: 1-2) El mundo que tú percibes no pudo haber sido creado por el Padre, pues el mundo no es tal como tú lo ves. Dios creó únicamente lo eterno, y todo lo que tú ves es perecedero.

Todo lo que vemos es perecedero porque todas las cosas son perecederas.

Dios creó únicamente lo eterno, y esta es otra forma de entender por qué

Dios no podría tener nada que ver con el mundo. Recuerda que Jesús no se

refiere simplemente al mundo que vemos y claramente percibimos erróneamente, sino a todo el mundo fenoménico de percepción y forma.

(VII.1: 3-6) Por lo tanto, tiene que haber otro mundo que no estás viendo. La Biblia habla de un nuevo Cielo y de una nueva tierra, mas esto no puede ser cierto en un sentido literal, pues lo que es eterno no puede volver a ser creado. Percibir de manera diferente es sencillamente percibir de nuevo, lo cual implica que antes, o en el interín, no estabas percibiendo en absoluto. ¿Cuál es entonces el mundo

que le espera a tu percepción cuando finalmente lo veas?

Jesús habla del mundo real que, como la resurrección, es un estado mental

que no tiene nada que ver con ninguna cosa externa. Al estar más allá de

nuestra percepción, es la culminación del viaje en donde nos damos cuenta

de que todo aquí es un sueño, porque todo en la mente errada – la fuente del

mundo percep-tual – es un sueño de separación. La mente correcta ahora ha

corregido la mente errada, lo que significa que ambas desaparecen, ya que

el perdón solo tiene sentido como una corrección para el ego. También desaparece el tomador de decisiones, ya que no queda nada para elegir. Lo

que queda es el mundo real.

Cuando Jesús apareció aquí, ya estaba en el mundo real, por lo que no se

vio afectado por ninguna cosa que le haya pasado. Incluso si el mito bíblico

fuera tomado literalmente, él sabía que nada estaba ocurriendo, de hecho, él

sabía que ni siquiera estaba aquí. El que llamamos Jesús estaba simplemente observando una figura del sueño a la que el mundo le dio un

nombre, pero él no era esa figura. Y ahora nos ayuda a alcanzar ese mismo estado de percepción verdadera o curada, el precursor inmediato de la entrada al mundo real.

(VII.2: 1-2) Todo pensamiento amoroso que el Hijo de Dios jamás haya tenido es eterno. Los pensamientos amorosos que su mente percibe en este mundo constituyen la única realidad de éste.

Un pensamiento amoroso es cualquier pensamiento que abrace a la Filiación como un todo, y no vea el especialismo de ningún tipo. Estos pensamientos incluirían el perdón, la paz y la curación, todos los cuales reflejan el perfecto Amor de Dios.

(VII.2: 3-6) Siguen siendo percepciones porque él todavía cree estar separado. Mas son eternos porque son amorosos. Y al ser amorosos son

semejantes al Padre, y, por lo tanto, no pueden morir. El mundo real ciertamente se puede percibir.

El mundo real no es el Cielo, pero es el paso final antes de su logro. Es un

estado perceptivo porque implica mirar el sueño, para darnos cuenta de que

es un sueño. Por esta razón nosotros podemos decir que el mundo real refleja el estado eterno y no separado de Dios y Su creación, nuestro Ser. Y

la práctica diaria del perdón nos acerca cada vez más al símbolo del mundo

real, y finalmente a la realidad que está más allá de todo ídolo (T-30.III).

(VII.2: 7-8) Lo único que ello requiere es que estés dispuesto a no percibir nada más. Pues si percibes tanto el bien como el mal, estarás aceptando lo falso y lo verdadero, y no estarás distinguiendo claramente entre ellos.

El bien y el mal no existen en el mundo real, porque la mente curada ve

todo como una ilusión: ni bien, ni mal, sino nada. No hay distinciones en el

mundo real, que, de nuevo, es lo más cercano a lo que nosotros podemos

llegar del estado no-dualista del Cielo antes de despertar a él.

(VIII.10) En el mundo real no hay enfermedades, pues en él no hay separación ni división. En él sólo se reconocen los pensamientos amorosos, y, puesto que todo el mundo dispone de tu ayuda, la Ayuda de Dios va contigo a todas partes. A medida que, por el hecho de pedir esta Ayuda estés dispuesto a aceptarla, la ofrecerás porque la desearás.

Nada estará fuera del alcance de tu poder sanador porque nada que pidas te será negado. ¿Qué problema puede haber que no desaparezca en presencia de la Respuesta de Dios? Pide, entonces, conocer la realidad de tu hermano porque eso es lo que percibirás en él, y en su belleza verás reflejada la tuya.

Como reflejo del no-dualismo del Cielo, el mundo real no contiene pensamientos que se oponen a la verdad. Sin ningún pensamiento de separación o pecado no puede haber proyección. Por lo tanto, no hay enfermedad o enfado; solo el pensamiento amoroso de Expiación que finalmente ha sido aceptado. Para acelerar el logro de este estado de gracia

necesitamos continuamente pedirle ayuda a Jesús para mirar a otros a través

de sus ojos, ya que él no percibe diferencias entre los miembros de la Filiación. Como todos serían vistos ya sea como expresando amor o pidiéndolo, la percepción se unificaría y nuestras respuestas serían únicamente amables y amorosas. La fealdad de la separación no puede sino

desaparecer en la belleza del mundo real, en el que la unidad del Hijo de

Dios se recuerda con alegría.

(VII.3: 7-9) Para establecer tu propia autonomía trataste de crear de manera diferente de cómo crea tu Padre, creyendo que lo que hiciste podía ser distinto de Él. No obstante, todo lo que es verdad es como Él. Percibir únicamente el mundo real te conducirá al Cielo real, ya que te capacitará para comprenderlo.

El ego no se puede entender aquí, porque es el ego tratando de entenderse a

sí mismo. Como podría la separación comprender la ilusión de separación;

¿cómo podría el sueño comprender el estado de estar despierto? Sin embargo, cuando nuestros ojos se abren, la naturaleza del sueño es evidente

y entendemos que la creación de Dios solo puede ser como Él, y cualquier cosa diferente de Él no puede existir. El mundo real es el estado anterior a este despertar, cuando percibimos la creación errónea por la ilusión que es, la condición para conocer la realidad y la verdadera creación de Dios. El

siguiente párrafo continúa con esta importante distinción entre ilusión y verdad:

(VII.4: 4-9) Has concebido muchas ideas que has interpuesto entre tu Creador y tú, y estas creencias constituyen el mundo que percibes. La verdad no está ausente aquí, pero está velada. No sabes cuál es la diferencia entre lo que tú has fabricado y lo que Dios creó, y de este modo no sabes cuál es la diferencia entre lo que tú has fabricado y lo que tú has creado. Creer que puedes percibir el mundo real es creer que puedes conocerte a ti mismo. Puedes conocer a Dios porque Su Voluntad es que se le conozca. De todo lo que has fabricado, el mundo real es lo único que el Espíritu Santo ha conservado para ti, y la salvación consiste en pedir únicamente eso, ya que es el reconocimiento

de que la realidad es únicamente lo que es verdad.

Nos identificamos con el sistema de pensamiento de la creación errónea del

ego, fabricando ilusiones en lugar de crear la realidad, y luego creemos que

somos el hijo que hizo el ego, lo que nos lleva a una confusión total sobre

nuestra identidad. Además, creemos que nuestros asuntos – los niños, las

ideas, las invenciones, las expresiones artísticas – son nuestras, sin recuerdos de nuestras verdaderas creaciones. Esta confusión se basa en

nuestro olvidar la Expiación que está en la mente correcta, mientras recordamos solo los pensamientos del ego en la mente errada. Sin embargo,

el Espíritu Santo es la Presencia que limpia nuestras percepciones de separación, guiándonos a la visión de los intereses compartidos de la

Filiación, que es lo más cercano posible a la Unidad del Cielo aquí. Y así,

nuestra verdadera percepción desaparece en un instante en el conocimiento

de la realidad, como ahora leemos:

(VIII.1: 5-9) Más la rapidez con la que tu nueva y única percepción real se convertirá en conoci-miento no te dejará más que un instante en el que darte cuenta de que solamente eso es verdad. Y luego todo lo que inventaste pasará al olvido: lo bueno y lo malo, lo falso y lo verdadero. Pues cuando el Cielo y la tierra se vuelvan uno, dejarás de ver incluso el mundo real. El mundo no acabará destruido, sino que se convertirá en el Cielo. Lo que constituye la reinterpretación del mundo es la transformación de toda proyección en conocimiento.

Esta es una de las declaraciones más claras que Jesús hace sobre el papel

del mundo real de ser una transición de la percepción al conocimiento, del

mundo ilusorio a la verdad del Cielo. No se lucha contra el ego ni se lo destruye, sino simplemente se lo mira a través de los ojos de la verdad. El

falso mundo de la dualidad se desvanece suavemente en el resplandor brillante del conocimiento no-dualista, y recordamos que somos el Hijo a

Quien Dios ha creado uno con Él.

(VIII.15: 1) ¿No intercambiarías tus miedos por la verdad, teniendo en cuenta que puedes lograrlo sólo con pedirlo?

El problema, nuevamente, es que no queremos la verdad; queremos el miedo porque mantiene la separación intacta. Si tenemos miedo, tenemos

miedo de algo, y esto establece a la dualidad, sin mencionar a nuestro yo

dualista, como real. Pero la verdad está más allá de la dualidad, un estado

en el que no hay nada bueno o malo, masculino o femenino, vida o muerte.

Una vez más, la realidad no contiene nada – ninguna cosa – y esto significa

que ningún individuo existe, un hecho que sabemos que es la verdadera

base del miedo del ego.

(VIII.15: 2) Pues si Dios no está engañado con respecto a ti, únicamente
tú puedes estar engañado con respecto a ti mismo.
En otras palabras, Dios no tiene nada que ver con el ego. No está enojado,
engañado por ilusiones o equivocado en Su Amor por nosotros. Nuestro problema de autoridad con Él – el lugar de nacimiento del loco sistema de pensamiento de pecado y sacrificio, engaño y muerte – es simplemente un mal sueño que no ha tenido efecto sobre la realidad.

(VIII.15: 3) Puedes, no obstante, aprender del Espíritu Santo cuál es la verdad acerca de ti, y Él te enseñara que, al ser tú parte de Dios, el engaño no tiene cabida en ti.
El primer paso en nuestra curación es retirar las proyecciones sobre Dios o cualquier autoridad, dándonos cuenta de que no nos están atacando, incluso si su comportamiento sugiere que lo están. El ataque nunca puede estar fuera de la mente (las ideas no abandonan su fuente), sino que existe solo en nuestro pensamiento engañoso, al igual que nuestro inconcebible pensamiento de pecado, engaño y traición a Dios.

(VIII.15: 4) Cuando te percibas a ti mismo sin engaño alguno, aceptarás el mundo real en lugar del mundo falso que fabricaste. Nos percibimos a nosotros mismos sin engaños cuando nuestra culpa ha desaparecido y ya no la vemos ni dentro ni fuera. Esto pone fin al problema de autoridad, con el que comenzó este capítulo. La condición de la mente está en verdad entre Dios o el ego, no en el mundo de matar-o-morir del campo de batalla de la mente que el ego nos dice que es la realidad, sino en la sensación de que solo el Uno es verdadero. Cuando nos damos cuenta de que no hay ataque en nadie y, por lo tanto, que no hay culpa, el sistema de

pensamiento del ego se deshace porque estas eran sus defensas
contra
nuestro regreso a la mente que elegiría de manera diferente. Para
decirlo
una vez más, el mundo real alborea cuando despertamos del sueño y
vamos
más allá de él, mirando hacia atrás y sabiendo que el mundo nunca
existió.

Nos quedamos en este santo estado, pero solo por un instante:
(VIII.15: 5) Y entonces tu Padre descenderá hasta ti y dará el último
paso por ti, elevándote hasta Él.

Este es el "último paso" de Dios que simboliza el final del sueño. Lo
que

pensamos que era tan horrendo nunca ocurrió, y finalmente abrimos
los

ojos al Dios que nunca abandonamos, y que nunca nos abandonó.

[1] "Awake in Stillness" (The Gifts of God, p. 73).

"Despierta en calma" (Los Regalos de Dios, p. 73).

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth
Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth
Wapnick.